

ANTONIO SAN JOSÉ

La
felicidad
de las
pequeñas cosas



Índice

PORTADA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
VIVIR DESPACIO
UN PASEO POR EL PARQUE
HACER UN REGALO
LA CASA EN SILENCIO
UN DÍA DE SOL
ESA CANCIÓN QUE SUENA
LIBERTAD EN EL PARAÍSO
MIRAR AL CIELO
BAJO LA DUCHA
EL LIBRO QUE NOS ESPERA
UN ÁNGEL EN TU VIDA
ACABAR UN BIC
TOMAR UN CAFÉ
LOS ZAPATOS DEL FIN DE SEMANA
LEER EL PERIÓDICO
PREPARAR UN VIAJE
UNA MAÑANA EN OTRA CIUDAD
ESCRIBIR CON PLUMA
UNA LLAMADA INESPERADA
MÚSICA AMBIENTAL
COMER CHURROS
COMPLETAR UNA TAREA
ESTRENAR UN COCHE
IR AL CINE
COCINAR PARA OTROS
COMPRAR LOTERÍA
VOLVER A LOS LUGARES DE LA INFANCIA
LA SONRISA DE UN NIÑO
DESAYUNAR SIN PRISAS
PERDERSE EN UNA PAPELERÍA
MIRAR POR UN CALEIDOSCOPIO
PISAR LA NIEVE
SENTARSE EN UNA TERRAZA
LAS FOTOS DE LA CAJA

OÍR Y DECIR «TE QUIERO»
RECORRER UNA PLAYA
LA TARDE EN UN HOTEL
ESCUCHAR LA RADIO
PERMISO PARA EQUIVOCARSE
REENCUENTROS EN EL AEROPUERTO
COLONIALES Y ULTRAMARINOS
CUMPLIR AÑOS
MIENTRAS LA CIUDAD DUERME
ALGO DE SUERTE
REÍR CON ALGUIEN
EL PRIMER BAÑO DEL VERANO
LLEGAR A CASA
CRÉDITOS

A Marisa, por la felicidad.

*Para Patricia, Laura y Antonio,
que me regalaron la palabra padre.*

PRÓLOGO

Antonio San José es un excelente profesional, pero, por encima de todo, querría destacar su faceta humana: ¡Antonio es una gran persona! Sobresale por su sensibilidad, su calidez, su capacidad de escucha, su compromiso... y por algo tan valioso como difícil de encontrar: por su coherencia.

Mi trabajo como psicóloga me permite profundizar en el conocimiento del ser humano; por eso, una de las cosas que más valoro es la singularidad, el análisis realizado desde la reflexión profunda y desde la inteligencia aplicada a la realidad de la vida.

Conocí a Antonio hace ya bastantes años, a raíz de la publicación de uno de mis libros. He de reconocer que iba con muy buena predisposición, pues admiraba su trabajo; no obstante, me sorprendió profundamente su entrevista. Pocas veces me había sentido tan cómoda y había salido tan satisfecha de una intervención en televisión: ¡qué fácil resulta exponer lo que quieres comunicar cuando el profesional que tienes a tu lado posee un conocimiento tan profundo, tan exhaustivo de tu obra, y te facilita, con gran maestría, la introducción de los temas cruciales!

De vuelta a mi trabajo, pensé: «¡Antonio ha nacido para comunicar!».

Los psicólogos sabemos que hay personas que poseen una serie de habilidades, recursos y competencias que les facultan para determinadas profesiones, y él tiene el don de la comunicación: posee esa escucha activa, ese análisis riguroso, esa cercanía, esa facilidad expresiva que le permite resaltar lo importante y resumir lo trascendente.

A partir de ahí, cada nueva entrevista era un estímulo para mí y un regalo que me permitía profundizar en el conocimiento de una persona tan singular y tan positiva.

Hace unos meses, Antonio me comentó que estaba muy ilusionado con un nuevo proyecto: escribir sobre «la felicidad de las pequeñas cosas». Había leído mucho sobre la felicidad, pero, sobre todo, deseaba compartir su análisis con el lector, y quería hacerlo desde la perspectiva que dan los años, la experiencia y la sabiduría de una vida vivida con profundidad.

He de reconocer que la idea me pareció acertadísima, pero en mí surgió un interrogante: «No es lo mismo comunicar que escribir —pensé—; ¡ojalá que Antonio sea igual de brillante en su faceta literaria, en su lenguaje escrito!». Me inquietaba la idea de que una trayectoria como la suya se viera empañada por un trabajo que no estuviera a la misma altura de lo realizado hasta la fecha. El riesgo era grande, pues las expectativas que él podría generar serían altísimas.

Personalmente, me considero aún hoy una «aprendiz» en mi faceta de divulgadora de la psicología a través de mis textos, pero creo honestamente que sé distinguir cuándo un libro está bien escrito y cuándo puede suscitar el interés del lector. Por fortuna, Antonio me leyó uno de los capítulos que había escrito y sentí que mis dudas no tenían fundamento: escribía igual de bien que hablaba.

Mi motivación era tan evidente que le pedí que me mandase algunos textos. Con la amistad que siento hacia Antonio, pero, sobre todo, con la admiración y el respeto que me produce, mi intención era muy clara: pretendía realizar un análisis, lo más objetivo posible, de sus escritos. Quería ver, de nuevo desde mi valoración como psicóloga, lo que el lector puede buscar en una obra de estas características.

El resultado fue sorprendente. San José sabe transmitir con gran belleza lo que piensa, sabe envolver y suscitar el interés del lector y consigue hacerle partícipe de sus vivencias.

Antonio es un ejemplo claro de cómo se pueden aplicar los principios de la psicología positiva del siglo XXI.

Este libro trata de facilitar caminos que nos lleven a la felicidad. Esa felicidad que no se puede comprar, pero sí conquistar. Esa felicidad que depende más de nuestra actitud que de las circunstancias en que nos encontremos.

San José quiere que nos ilusionemos en nuestro día a día, que disfrutemos de las pequeñas cosas, que nos llenemos de positividad, de buen humor, de sensaciones profundas, de las caricias y las oportunidades que nos ofrece la vida. Y, para ello, nos regala el fruto de sus muchos años de observaciones profundas y de reflexiones llenas de sabiduría.

Antonio nos invita a realizar un viaje inolvidable, por ejemplo, «Un paseo por el parque». El tema es sugerente. Lo escribe con un lenguaje muy rico, expresivo y lleno de matices. Sobresalen reflexiones como «a ese pasado que siempre creemos que fue mejor» y la «dulce caricia en el paladar de una piruleta». Contiene expresiones bellísimas como «el sonido de la nada» o «las agujas verdes de los árboles»...

San José consigue desde el principio que el lector sienta una emoción muy agradable, muy placentera, que continuará creciendo con cada capítulo de ese viaje.

Otro destino es «Hacer un regalo», donde nos encontramos análisis tan ricos como: «en el colmo del altruismo podemos desear mucho una cosa y regalársela a alguien querido antes de que la tengamos».

En «La casa en silencio» leemos joyas como: «se produce la paradoja de que nos sintamos acompañados por nosotros mismos».

El viaje continúa con «Un día de sol». Ahí tenemos la oportunidad de encontrar nuevas fuentes de felicidad, con un final muy potente, que nos invita a la evocación cuando leemos: «caemos en la cuenta de que ese brillo es nuestro, está ahí para nosotros, y lo disfrutamos como de niños: guiñando los ojos al sol, para paladear uno los mejores placeres de la existencia».

Antonio ha sido muy generoso en sus aportaciones. Sus capítulos nos ofrecen destinos tan evocadores como «Esa canción que suena», «Vivir despacio», «Libertad en el paraíso (vacaciones)», «Mirar al cielo», «Bajo la ducha», «El libro que nos espera»... Casi cincuenta reflexiones que incluyen: «Oír y decir te quiero», «Algo de suerte» y «Mientras la ciudad duerme» para terminar frente al mar con una confesión de parte a los lectores tan emotiva como sincera.

El autor ha conseguido un libro tan sugestivo, tan estimulante, tan lleno de sabiduría que merecería la pena que él y la editorial realizasen una segunda edición, donde nos «regalasen» este libro con la grabación de la lectura de Antonio.

Queridos lectores, escuchar esa voz tan característica de San José, esa lectura suya tan sugestiva, tan estimulante, tan llena de matices, de requiebros, de énfasis, de entonaciones, de pausas..., nos permitiría disfrutar aún más de los contenidos de este libro lleno de sabiduría.

Gracias, Antonio, por tu esfuerzo. Siempre mantengo que las cosas no ocurren por casualidad. Curiosamente, este libro llega en un momento muy singular de tu carrera, un periodo en que has podido hacer una pausa para transmitirnos tus conocimientos, tus análisis, tus vivencias y, lo que es más importante, tus reflexiones. Terminó como empezaba: siempre te es taremos agradecidos por mostrarnos aquello que has aprendido en esa vida tuya tan auténtica, tan generosa, tan llena de coherencia y de compromiso.

En esta pausa de tu actividad, en la que no podemos verte en las pantallas, nos resulta muy gratificante tu presencia a través de estas páginas llenas de riqueza, de ánimos, de ilusiones, de esperanzas, de alegría y de felicidad.

MARÍA JESÚS ÁLAVA REYES

VIVIR DESPACIO

Lo importante es la armonía. Lo sabemos, pero casi nos resulta imposible conseguirla en medio de nuestros compromisos de cada día. Da la impresión de que en lugar de que la agenda vaya detrás de nosotros, ocurre al revés y nos sometemos a una absurda carrera cotidiana para alcanzar todo lo previsto en la jornada. La verdad es que vamos demasiado rápido: comemos de prisa, conducimos deprisa, caminamos sin fijarnos en la vida que sale a nuestro encuentro y vivimos a una velocidad imposible y poco saludable. Bastaría con que aflojáramos un poco el ritmo, quizá con tomarnos una pausa para respirar profundamente y ajustar con ello nuestros mecanismos internos, esos que nos aportan serenidad en los momentos de mayor tensión.

Se trata, en suma, de degustar la vida, de asumir con plena consciencia cada instante de nuestra existencia. Frente al atolondramiento presuroso, la calma lenta. Elogiamos la lentitud, pero no la practicamos. Pensamos, quizá, que es una actitud vital poco emocionante o aburrida, y ahí nos equivocamos. Probemos a pisar el propio freno vital, a ir mucho más despacio de modo que su práctica nos aporte serenidad y paz interior. El resultado es sorprendente. La capacidad de disfrutar de todo lo que nos rodea y de ser más felices, aumenta de forma sorprendente. Solo se trata de aflojar un poco para acomodarnos al ritmo natural de la vida. Al intentarlo dedicamos más tiempo a la rutina matinal y salimos a la calle sin las prisas que nos ponen al borde del ataque de nervios por llegar tarde. También dedicamos más tiempo a nuestros hijos y a nosotros mismos, somos capaces de detenernos a leer con calma, a escuchar un disco o a contemplar la naturaleza, sin prisas... despacio, a merced de nuestra propia voluntad. Somos, a fin de cuentas, quienes hemos de manejar lo más importante que tenemos: nuestra propia vida, y no parece razonable que permitamos que sean factores extraños los que nos impongan un pauta que ni queremos ni nos merecemos en absoluto.

Vivir despacio encierra una filosofía vital muy alejada de la tensión, el ansia y la frustración por no tener tiempo para nada. El tiempo, ahora lo sabemos, es un material elástico que podemos amoldar a nuestro antojo si no nos dejamos llevar por el torbellino dañino de la prisa que no conduce a ninguna parte. Ajustemos, pues, la vida con una lentitud consciente que nos permita ser más reflexivos. Lo hacemos, pero el propósito dura poco, en cuanto nos descuidamos volvemos a acelerarnos sin sentido y la armonía, apenas atisbada, se disuelve para darnos la medida de nuestra propia torpeza. Decidimos que vamos a hacer la prueba con un día completo. Decretamos en nuestra vida una

jornada sin prisas y la experiencia es reconfortante y sorprendente. Al llegar la noche no nos encontramos tan cansados como es habitual y la energía que siempre hemos derrochado continúa con nosotros como una sorpresa inusual. Claro que esta jornada no la hemos malgastado en situaciones estúpidas, esas que nos absorben y nos dejan vacíos por dentro, exhaustos como si algo nos hubiera robado nuestro fluido vital.

Probamos la lentitud, como hacemos con un guiso de cocina, y nos gusta. Aunque nos cuesta, intentamos practicar para hacer que lo novedoso se convierta en costumbre y al poco tiempo ya somos capaces de mantener una calma lúcida, incluso en los momentos más difíciles. Notamos el progreso. Vamos mejorando y todo se torna más armónico y amable. Despacio, despacio, nos repetimos... No lo hacemos mal. Por la calle nos cruzamos con alguien con cara de velocidad y es entonces cuando somos conscientes de lo bien que se transita por la vida al ritmo sabio e inteligente de las tortugas.

UN PASEO POR EL PARQUE

Casi sin habernos dado cuenta hemos llegado hasta el borde verde de la ciudad. Nuestros pasos nos han conducido inadvertidamente allí mientras deambulábamos sin rumbo y ahora no podemos rechazar la tentación de penetrar por sus avenidas y guarecernos del primer y tibio sol de primavera a la sombra de los árboles. Lo primero que notamos es la calidad del aire. Respirar entre plantas nos transmite una sensación de libertad que enseguida se contagia, desde los pulmones, al resto del cuerpo. Sentimos una relajación especial que proporciona un bienestar olvidado desde hacía mucho tiempo. Transitando por esa isla urbana, resguardada y protegida, el tiempo parece discurrir mucho más despacio y la vida se nos presenta con una elasticidad desconocida fuera de los límites de viejos barrotes metálicos que enmarcan el oasis redescubierto.

El mejor momento para adentrarnos en el parque es el inicio del día, cuando del césped recién regado sube un vaho de frescor verde y suave. Lo que más valoramos a esa hora es el silencio, un espacio en el que es posible distinguir el gorjeo de los pájaros y el rumor constante y opaco de los aspersores automáticos. Más tarde, avanzada la mañana, el ambiente se llenará con el sonido de conversaciones y gritos de niños que juegan escandalosamente, como corresponde a su edad y a su energía sin límites. Pero ahora es posible escuchar el sonido de la nada y en él nos perdemos para regalar a los sentidos un lujo accesible, cercano y saludable.

La tranquilidad es un elemento del parque tan esencial como las agujas verdes de los árboles o los repentinos rayos transversales de luz solar. Cuando avanzamos andando despacio hacia la fuente, podemos intuir el borboteo del pequeño arroyo y el salpicar de las cascadas artificiales que aportan un añadido de paz al conjunto. Falta poco para que el suave sol de la mañana comience a brillar con toda su fuerza, y todavía es posible sentir en la cara una brisa leve que mece las ramas con un silbido inconfundible, que reconocemos en la memoria como la llamada inconsciente de un pasado que siempre creemos que fue mejor.

También recordamos en este trance antiguas visitas nocturnas, cuando el parque estaba a punto de cerrar o la pandilla se colaba saltando la valla con el aliento entrecortado de lo prohibido. El sonido de la noche es distinto y, desde luego, mucho más inquietante. Cualquier ruido, por mínimo que sea, se multiplica y ese fenómeno dispara la imaginación hasta escenarios ancestrales que no por inexistentes dejan de producir un cierto temor. Es un panorama de oscuridad, conjurada por la luz de tenues

farolas y dominado por los búhos, reos de nocturnidad en medio de un ámbito propio. Alguna vez el vigilante nos descubría y, antes de que llegara, emprendíamos una veloz carrera hasta el lugar elegido para saltar, no sin riesgos para nuestras rodillas y pantalones.

El paisanaje de los jardines es siempre universal y conocido: niños en bicicleta, jugando al balón, patinando o corriendo; parejas que descubren sus almas con el deseo urgente de descubrir sus cuerpos, jubilados charlando al sol de la media mañana y algún ejecutivo presuroso con maletín y corbata que parece haber elegido el camino como tregua acogedora en medio de su jornada laboral. Todo resulta cercano y familiar. En la zona de juegos nos deslizamos por los toboganes, cuando vemos a lo niños que lo hacen, y recuperamos aquellos años en los que éramos plenamente felices sin saberlo. A lo lejos permanece en su puesto ambulante el último barquillero que ahora vende toda suerte de golosinas a chavales que siguen disfrutando con la dulce caricia en el paladar de una piruleta o el regusto salado de las cotufas. Da la impresión de que nada ha cambiado, aunque lo haya hecho todo. Es una ilusión y como tal la vivimos soñando que regresamos, como Peter Pan, a la Tierra de Nunca Jamás.

HACER UN REGALO

Al final, siempre nos gusta más hacer un regalo que recibirlo. Para empezar, porque uno no controla las sorpresas y en ocasiones al recibirlas se convierten inmediatamente en decepciones. Es verdad que cuando aciertan la alegría es doble: por lo inesperado y por el objeto, pero el riesgo de fallar en la elección es tan alto que todos tenemos en algún cajón de casa regalos intactos que nunca cumplieron su misión de ser usados. Seguro que esa es la medida del acierto o la constatación del error: cuando alguien utiliza aquello con lo que le hemos obsequiado, el objetivo está conseguido; por contra, lo terrible es saber que lo que un día compramos duerme el sueño de los justos ante el absoluto desinterés de su propietario.

Por eso nos sentimos más cómodos planeando regalos para los demás. Ese proceso, en sí mismo, ya es algo que entregamos a los destinatarios: tiempo y atención. Es necesario pensar en la persona a la que vamos a entregar el obsequio, preocuparnos por conocer sus gustos, aficiones y costumbres. El esfuerzo es inevitable y esencial, si no, no merece la pena intentarlo siquiera. Resulta detestable la acción de un directivo estresado que termina encargándole a su secretaria la compra de un regalo para su mujer. Por muy caro que sea el objeto elegido nunca tendrá la calidez ni el añadido intangible del interés por saber si gustará o no.

Hay casos paradigmáticos, como el de un amigo que desde hace muchos años lleva barba, algo ostensible y conocido, pues bien, un familiar con poco tiempo, se presentó en una fiesta de cumpleaños con un juego de afeitado, eso sí, de diseño. Al recibirlo puso la forzada cara de sorpresa habitual, pero no pudo por menos que comentar: «Bueno, si algún día me quito la barba que llevo hace dieciocho años, lo usaré». Fue en ese momento, no antes, cuando el obsequiante en cuestión cayó en la cuenta de su error y reparó en el poco interés que puso en su compra. Todo un chasco de los muchos que se producen ante los compromisos que llevan a adquirir regalos absurdos que, en lugar de ilusión, provocan frustración en quien los recibe.

Debe de ser por eso que sentimos felicidad planeando los regalos que vamos a hacer en ocasiones señaladas. Incluso en días normales en los que no se celebra nada y el impulso nos lleva a comprarle flores a nuestra pareja porque hoy es hoy. Esos son, sin duda, los mejores regalos, aquellos que no se esperan y visten un día normal de color rojo en el calendario. Detalles que hacen sonar violines en medio de un lunes anodino o que son capaces de elevar la monotonía de un día invernal para insuflarle un calor

sobrevenido. Es preciso meditarlo bien, apuntar ideas mucho antes de la fecha en alguna libreta que luego nunca encontramos o pararnos a pensar que tal o cual cosa puede ser la idónea. Luego viene lo mejor, salir a la calle, recorrer tiendas y poner en los objetos la mirada propia, tratando de intuir cómo van a ser recibidos: comparar, imaginar, pensar, en suma, durante todo ese proceso en la persona que lo va a recibir.

Cuando se trata de discos o libros el gozo es ya inmenso. Miramos, hojeamos, repasamos, y al final sobreviene la inevitable duda entre dos o tres posibilidades. A veces la elección es tan difícil que nos llevamos todo el lote y, para qué vamos a engañarnos, otro ejemplar para nosotros. Es como una recompensa ante el hecho de estar sopesando títulos para los demás. En el colmo del altruismo podemos desear mucho una cosa y regalársela a alguien querido antes de que la tengamos. Es justamente lo que queremos, lo que más nos gustaría tener, pero renunciamos a ello porque creemos que hacer un obsequio no es solventar un trámite para quedar bien ni salvar una papeleta sin más. En el fondo es un regalo que nos hacemos a nosotros mismos.

LA CASA EN SILENCIO

El madrugón ha sido grande. Los compromisos nos han llevado a salir de la cama a una hora inusualmente temprana y parece que nos movemos en un territorio elástico en el que no cabe un ruido y la oscuridad sombrea un misterio que aporta tranquilidad y sigilo. La casa, a esas horas, parece inhabitada, como si los objetos que la componen estuvieran hibernados hasta el momento acostumbrado por la rutina y los años. Las habitaciones inanimadas dejan entrever un aspecto casi fantasmal que nos agrada por lo que tiene de extraño. Hay un silencio espeso solo roto por nuestra propia torpeza al movernos o realizar alguna actividad necesaria. Basta que no queramos despertar a quienes aún duermen, para que todo se amplifique y nos sorprenda un atolondramiento debido al sueño y a la falta de costumbre. Parecemos seres solitarios flotando por pasillos y estancias, espíritus a los que nadie habla y ante los que el hogar a oscuras adquiere una calidad mineral.

A pesar de todo ello la experiencia nos reconforta. Habernos levantado tan temprano tiene como recompensa el sentirnos dueños absolutos de un ámbito que se amolda a nuestros pasos para hacernos cómplices de la, todavía, noche y el silencio. En medio de todo ello se produce la paradoja de que nos sintamos acompañados por nosotros mismos. Es como si, de golpe, cobrásemos conciencia exacta de nuestra existencia y de todas las acciones que realizamos a oscuras, casi a tientas. Ante nosotros tenemos revelada la plenitud de la soledad. Claro que se trata de una situación transitoria y reversible, una soledad buscada, disfrutada y querida. Eso es, justamente, lo que adorna todo convirtiéndolo en una vivencia agradable y enriquecedora.

Mientras cobramos conciencia del poder que nos otorga la situación, sabemos que no la cambiaríamos por otra con más bullicio. Nos gusta, y mucho, estar acompañados, sentir el pulso vital y ruidoso de la casa; pero ahora, queremos reinar en solitario y nos preocupa que algo o alguien venga a ocupar nuestro espacio. Mientras nos preparamos para salir no perdemos de vista el reloj que parece otorgar al tiempo una dimensión precisa y deseada. Parece que los minutos se estiran y en esa morosidad lenta encontramos la medida exacta de la paz que acabamos de conocer.

Nos duchamos en silencio, preparamos café y desayunamos con nosotros mismos, quizá escuchemos la radio a un volumen imposible para no quebrar el sueño de los demás y en todo ello nos encontramos, porque no hay ningún elemento que perturbe ese contacto propio del que a veces huimos por no ver lo que menos nos gusta de nosotros.

Al no tener distracciones, las pequeñas tareas de la mañana se cumplen escrupulosamente, en un orden perfecto y eficaz. Nos hablamos interiormente y, por ello, deseamos no expresarnos en voz alta, no cruzarnos con nadie que nos saque del ensimismamiento momentáneo del que disfrutamos. Repararnos en lo poco que buscamos la soledad necesaria, aquella que consiste en escuchar únicamente la voz interior que brota cuando el ruido cesa y la atmósfera cercana es propicia a ello. La casa en silencio es un país distinto que solo conocemos cuando lo visitamos muy de vez en cuando. Sabemos que estamos en él por el sonido de nuestras pisadas sobre el suelo que sólo son perceptibles en días sueltos como el que estamos viviendo, jornadas que se agradecen en lo que tienen de transgresión de la rutina.

Poco a poco, el tiempo de tregua se termina. El reloj avanza y llega la hora de partir hacia las obligaciones que nos han hecho inaugurar el día tan pronto. Paladeamos los últimos instantes de calma antes de salir a la calle y, al cerrar la puerta, somos conscientes de dejar detrás un universo pequeño y personal en el que nos hemos sentido acogidos y en paz como nunca.

UN DÍA DE SOL

No sabemos por qué, pero estamos más contentos que de costumbre. Hay una especie de alegría interior que nos alumbra en todo lo que hacemos y a la que tratamos de buscar su origen. Nos preguntamos por esa vitalidad contagiosa y enseguida reparamos que proviene del sol. Es una alegría, por tanto, solar y tibia. El astro brilla en todo su esplendor y deja sentir un calor que nos seca por dentro después de muchos días de lluvia y frío. Cuando el mal tiempo dura tanto se enfría primero el cuerpo, la piel se eriza y el malestar resulta evidente; después le toca a los huesos en los que también se deja sentir, y de qué manera, la gélida temperatura; y por último, el frío llega al alma para aposentarse allí y dejarnos una sensación de malestar que nos cala en lo más profundo, hasta el punto de provocar el que ni siquiera nos encontremos a nosotros mismos.

Hoy, sin embargo, ha salido el sol y la vida parece cobrar una nueva dimensión. Todo está luminoso y brillante. Hay otra percepción del entorno que nos rodea y el optimismo inunda la realidad cotidiana para volverla mejor y más cercana. Definitivamente somos otros en jornadas así: menos tristes, más animosos, menos cenizos, más extrovertidos. Cuesta no sentir alegría por el simple hecho de vivir cuando la existencia nos regala este brillo soleado bajo cuya luz todo se ve de mejor forma. El aire se vuelve más transparente y la naturaleza urbana adquiere una belleza prestada inusual y deseable. La tristeza gris de los días lluviosos y destemplados, deja paso a una jovialidad positiva que se torna en motor de actividad imparable y feliz.

Lo notamos desde la mañana, cuando al salir a la calle sentimos una caricia dulce y tentadora en la cara. Por primera vez en el año, descubrimos que no nos hacia falta el abrigo ni la gabardina y que podemos caminar a cuerpo. ¡Qué alegría la de un acto tan banal! Quitarse ropa es el primer anuncio del buen tiempo que nos aguarda, y en esa acción trivial se encierra la promesa de la primavera y el anuncio de un verano próximo cuyo significado tenemos asociado a los mejores momentos de la vida. De nuestros años de niños y adolescentes recordamos especialmente los veranos, el momento en el que el tiempo parecía pertenecernos y la vida se transformaba en una aventura azul y maravillosa en la que todo era posible y nosotros, por supuesto, los protagonistas absolutos. Mientras recordamos, seguimos caminando y decidimos que, a partir de hoy, recurriremos solo a la chaqueta ligera o al jersey para que nos acompañe, por si el tiempo cambia. Es un paso intermedio, una medida de seguridad personal que adoptamos por precaución, para protegernos en las primeras horas del día o cuando cae la noche y la

temperatura refresca. Quizá podíamos prescindir de esta muleta, pero nos sentimos mejor con ella, por si acaso. Esa es la medida de la previsión, la frase que determina nuestra forma de estar en el mundo. Alguien que dice «por si acaso», ha estudiado todos los escenarios climáticos posibles y sabe que el más adverso no le afectará. Suele ser el mismo que coge el paraguas por si llueve, y tiene los seguros preparados en la carpeta correspondiente en previsión de cualquier accidente. Por el contrario, aquellos que salen a cuerpo gentil, disfrutan del momento y no se plantean un cambio brusco de la temperatura porque no existe la certeza de ello. Se arriesgan a tiritar y a cambio sienten la sensación aventurera de los que viven el instante sin ninguna cautela. Es una forma de ser que se manifiesta en días así, cuando el sol luce de improviso y el ánimo se expande tras haber permanecido una larga temporada encogido sobre sí mismo. Notamos ya una calidad vital que invita a disfrutar y hasta el humor se manifiesta mejor que nunca en los últimos tiempos. Si nos detenemos un momento, caemos en la cuenta de que ese brillo es nuestro, está ahí para nosotros, y lo disfrutamos como de niños: guiñando los ojos al sol, para paladear uno los mejores placeres de la existencia.

ESA CANCIÓN QUE SUENA

De repente, como un trueno inesperado y, en este caso, amable, escuchamos los primeros compases y algo se estremece en nuestro interior. Es tan solo música, una canción, quizá una balada, pero en ella se encierra toda la banda sonora de nuestra propia vida, el acompañamiento de momentos, situaciones, vivencias y aventuras que, inevitablemente, nos retrotraen a un tiempo más amable, a una dimensión fabricada por nosotros mismos en la que creemos recordar que todo era mejor de lo que en realidad fue. Sea como sea, suena la canción y el pasado se presenta ante nosotros para traernos fragmentos arrebatados a la memoria. Es como si de pronto paisajes, olores y sensaciones de todo tipo se materializaran en una sorpresa agradable y traicionera que nos sitúa frente aquello que fuimos y que nos ha permitido llegar hasta lo que hoy somos.

La última vez que escuchamos estos compases éramos más jóvenes, teníamos menos compromisos y la vida se nos antojaba una aventura apasionante y plena de promesas. Seguro que ahora constatamos que las sorpresas fueron menores a las esperadas y estamos convencidos, cómo no estarlo, de que aquel tiempo fue mejor. Sea como sea, la melodía ha llegado ahora hasta nosotros como un disparo directo al corazón. Un remolino de recuerdos vuela a nuestro alrededor para interrogarnos por aquella persona a la que amamos y ya no está, aquel sueño que nunca se hizo realidad o el destino no cumplido que alguna vez pensamos que estaba de nuestra parte. Todo ha cambiado tanto... ¿Somos otros o seguimos siendo los mismos? Hay algo del pasado, sin duda, en nuestra vida, pero nos sentimos muy diferentes después de tantos años. Echar la vista atrás supone caer en la cuenta de la dimensión traicionera del tiempo. Nos parece poco lo pasado desde entonces y, en realidad, ha transcurrido otra vida. Todo se nos escapa entre los dedos, como la arena de la playa, pero en lugar de granos de mineral lo que se escurre es un conjunto de sensaciones y vivencias que forman el sustrato de lo que nos ha traído hasta aquí.

La tarde se ha interrumpido de pronto a causa de esa voz sutil que nos recuerda lo que fuimos y la forma en que disfrutamos de aquella época feliz y despreocupada. Era, justamente, cuando oíamos esta canción que ha quedado grabada en la memoria como la señal indeleble de un tiempo que ya ni somos capaces de recordar conscientemente ni tampoco nos pertenece. Nos asalta a ratos la tristeza y se alterna con la nostalgia que puede ser un error, pero es inevitable. ¿Cómo vivir sin recuerdos? Puede que ya no nos reconozcamos en aquello que fuimos o que reneguemos de un pasado que queremos

olvidar, pero lo que no podemos es borrar para siempre son aquellos años en los que vivimos con una ilusión recién estrenada: había amor, y besos, muchas ilusiones y no menos cantidad de temores. El mundo se abría ante nosotros y se presentaba como un caleidoscopio pleno de esperanzas por cumplir. No queremos pensar en lo que pudo ser y no se ha cumplido porque creemos que entonces teníamos en nuestro interior una felicidad seguramente distorsionada por el paso del tiempo. Las percepciones, lo sabemos ahora, nunca han sido un buen referente para calibrar la materia etérea de los sueños. Dudamos sobre lo que sentíamos entonces y nos dejamos llevar por el recuerdo en forma de sonidos familiares que ahora, al cabo de tanto tiempo, acaban de cobrar vida de nuevo en la memoria. Ha sido algo inesperado, una traición o, a lo mejor, una caricia en el alma. Todo es posible. Lo que no fue así es la vida que soñamos. De todas formas, la de ahora, pensamos, no está tan mal. Ha transcurrido el tiempo, tenemos más años, más canas, hijos, obligaciones.... hemos naufragado en el océano de nuestras propias dudas y, en este momento, cuando deberíamos ejercer un control implacable sobre nosotros mismos, nos sentimos vulnerables por los compases cómplices de una canción.

LIBERTAD EN EL PARAÍSO

Llevamos soñando con ello mucho tiempo y, por fin, se ha hecho realidad. Parecía que no llegaría nunca el momento de poner el pie en el avión con la certeza de saber que cuando volvamos a pisar tierra firme lo haremos en otro país, un lugar muy lejano y distinto en el que vivir una existencia tasada y feliz que nos saque de nuestra rutina habitual. Para empezar, hemos disfrutado el viaje. El simple hecho de volar, de elevarnos, aleja los problemas cotidianos y aporta una promesa de descanso que tiene el atractivo irresistible de toda propuesta de futuro. Planeamos la forma en que vamos a disfrutar de nuestros días de vacaciones y nos descubrimos gozosos como niños ante la perspectiva de un tiempo fabricado solo para disfrutar.

El anuncio del aterrizaje por parte de la azafata es ya una realidad anticipadora de que lo anhelado está cerca y es inminente. En unos minutos nos harán desembarcar y un universo de paisajes, colores y olores diferentes a los que habitamos cada día inundarán nuestros sentidos para hacernos caer en la cuenta de que comienza nuestra estancia en el paraíso. Hay otros, naturalmente, pero este es el que hemos elegido, el que nos pareció mejor para vivir esta libertad condicional que nos concedemos a nosotros mismos. El aeropuerto es la puerta de entrada a un mundo nuevo y desde allí ya atisbamos parte de las sorpresas que nos aguardan. Como estamos de buen humor, el trámite de aduanas nos parece una experiencia divertida y cuando el agente nos sella el pasaporte, estampa, en realidad, un salvoconducto hacia la libertad. Tenemos unos pocos días por delante que, en este momento, se nos antojan una eternidad. Más vale que lo disfrutemos así, porque enseguida la cuenta atrás del retorno nos alcanzará irremisiblemente para recordarnos que todo, y también esto, tiene fecha de caducidad.

Lo mejor, desde luego, es el viaje en autocar hasta el hotel. Nos dejamos llevar mientras contemplamos asombrados el dibujo al natural de otro país, otra ciudad y otras gentes. Todo es distinto y fascinante. Hace unas horas estábamos en los escenarios habituales de nuestra vida normal y ya nos encontramos de prestado en un marco nuevo y muy diferente. La vegetación, las montañas, los edificios que vemos desde la ventanilla en el trayecto, constituyen un preámbulo maravilloso e irrepetible, porque no hay mirada más pura que la primera que se posa sobre un lugar hasta entonces desconocido. El momento de bajar del autobús y reconocer las maletas es la puerta ansiosa al descubrimiento del hotel. Nos parece inmenso nada más llegar. Tan grande que estamos seguros de perdernos en él y de que nunca seremos capaces de orientarnos en

su imponente interior. Luego, naturalmente, lo conseguiremos y todo nos resultará familiar, pero ahora es el momento del impacto ante un complejo descomunal en el que todo se nos antoja excesivo. Enseguida nos escapamos a un ventanal para descubrir la piscina que promete tantos ratos de calma sin problema alguno. Es verdad, las preocupaciones se han quedado en el avión para encontrarse a la vuelta con nosotros. Así que, de momento, solo cabe disfrutar de este nuevo entorno sin tensiones en el que aspiramos a detener el tiempo y alargar las jornadas festivas sin obligación alguna. Subimos a la habitación y la primera impresión, el momento que más cuenta del viaje, queda superada con éxito. Nos gusta, porque es mejor de lo que habíamos pensado y en eso radica el secreto de unas vacaciones que dejan buen recuerdo para siempre. Un rato de inspección, otro para deshacer las maletas y ya estamos deseando sumergirnos en el agua tan azul de la inmensa piscina. Lo hacemos y, mientras flotamos, notamos cómo se disuelven todas las tensiones para sentir casi el bienestar del útero materno. La combinación del sol y el agua resulta excitante. Ahora nos espera un cóctel en la tumbona y esa foto vale ya por todo el viaje. Ya está. Nos acercamos a la playa, blanca y acogedora, pisamos su arena y descansamos los ojos en el turquesa purísimo del océano. El paraíso es esto. Está aquí: por una vez asequible y particular. Disfrutemos...

MIRAR AL CIELO

Alguien nos lo ha dicho recientemente y ha hecho que caigamos en la cuenta: ¿cuánto hace que no miramos al cielo? Reparamos en ello y reconocemos, casi avergonzados, que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo hicimos. Somos conscientes, entonces, de que vivimos observando permanente el suelo, intentado descubrir trampas para sortearlas o desniveles del terreno para no caer. En un tiempo de desconfianza queremos cerciorarnos de la seguridad de nuestra trayectoria y por ello pagamos un precio excesivo: el de circular por el mundo con las luces cortas, sin enfocar a lo lejos, y enredarnos en los problemas más nimios como si fueran desastres universales.

Es preciso, pues, encender los faros sensoriales de mayor potencia, asomarnos al balcón de la vida con las emociones alerta y sentirnos parte de que nos rodea. Eso incluye también, cómo no, mirar al cielo: contemplar la cúpula maravillosa de nuestro escenario cotidiano y ser conscientes de su belleza y majestuosidad. El hábito se ha perdido en las ciudades, porque en los pueblos siempre se ha mirado permanentemente a lo alto para intentar adivinar el tiempo atmosférico que aguardaba a las cosechas. Los campesinos sabían si venían rachas de viento fuerte, amenazaban lluvias o se esperaba un sol de justicia. Mirando el firmamento por la noche tenían la certidumbre de la forma en que iba a amanecer, por el número de estrellas, y nosotros, la verdad, no somos capaces de recordar cuándo nos fijamos en ellas por última vez. Contemplar el cielo en una noche de verano, en un paraje tranquilo y en armonía con la naturaleza, es una de las experiencias vitales más fascinantes que pueden vivirse, y, sin embargo, la ignoramos en una actitud que refleja por sí sola la incoherencia cotidiana que nos envuelve.

¿Y de día? Entonces, si lo intentamos, somos capaces de descubrir matices diferentes de azul en según qué lugar nos encontremos. El color de la bóveda celeste es diferente y, no obstante, nadie es capaz de distinguirlo. Nos hemos convertido en miopes vitales que han olvidado lo más importante y que transitan ofuscados por la ciudad sin encontrar un momento de paz en medio de tránsito diario que se torna insoportable. Mirar al cielo nos produce de inmediato una conexión con la existencia que reconforta y serena. Hay una calma especial en una persona que dirige su vista hacia lo alto y se deja inundar por los matices del cuadro que contempla: la tonalidad celeste, las nubes deshilachadas, el sol brillando, las estrellas en sus múltiples constelaciones, la luna y sus fases, aprendidas de niños y ahora, tal vez, confusas en la mente...

Caemos en la cuenta de todo lo que nos perdemos y hacemos el firme propósito de disfrutarlo, desde ahora, como si fuera uno de esos planes de año nuevo. Empezamos a mirar hacia arriba y sabemos que al principio no distinguiremos casi nada. Hay que entrenar la vista y los sentidos con la paciencia y la meticulosidad con la que un enólogo adiestra su nariz para distinguir los mil aromas ocultos en un vino. A fuerza de mirar y fijarse, de abrir la mente para captar todo lo que nos regala el día, aprenderemos a disfrutar plenamente de un espectáculo que se renueva cada minuto y se representa solo para nosotros. Es un momento de calma, un oasis en medio de la jornada, algo a lo que recurrir para volver a sintonizar nuestro reloj vital con la armonía. No cuesta nada, es gratis, y nos proporciona una felicidad inmediata que nos recarga de energía positiva y nos hace ser plenamente conscientes de nuestro papel en el mundo. Encerrados en nuestros coches, presos en las oficinas y en las ciudades de urbanismo mastodónico y precipitado, no es posible encontrar la ventana que necesitamos para atisbar el azul que nos cobija. Por eso hay que pasear lentamente, encontrar el ángulo adecuado y disponerse a disfrutar, siquiera unos instantes, de ese caleidoscopio azul, blanco y negro, al que de vez en cuando, se le suma el color prodigioso y múltiple del arcoíris.

BAJO LA DUCHA

Sin agua no hay vida, y la nuestra comienza, literalmente, cada mañana después de habernos puesto bajo la ducha. Tras salir de la inconsciencia cotidiana del sueño nos dirigimos sonámbulos a la bañera para someternos a un bautizo diario y ritual que nos permitirá incorporarnos a la cotidianidad con garantía de lucidez. Sentimos nuestra fragilidad bajo el grifo y también experimentamos como, poco a poco, la energía va ascendiendo, desde los pies al cerebro, gracias al poder revitalizador del chorro que nos inunda para transformarnos en personas dignas de tal nombre.

No hay más que fijarse en el estado de confusión que presentamos recién levantados y el aspecto que podemos exhibir tras una buena ducha y un café caliente. Somos otros. Seres renovados que agradecen una costumbre que va mucho más allá de lo higiénico para convertirse en despertador vital de los sentidos. Si reparamos en ello, al tiempo que nos enjabonamos vamos despojándonos de las pesadillas y malos sueños de la noche que parecen disolverse en la catarata de agua para acabar deslizándose hacia el destino inexorable del sumidero.

Resulta curioso como huíamos de niños del ritual del agua y debíamos ser perseguidos por nuestras madres para someternos a lo que considerábamos una tortura sin sentido. Era la ceremonia semanal del baño en un tiempo en que la ducha no se estilaba y en el que la costumbre de lavarse de cuerpo entero no exigía en los hábitos sociales una periodicidad diaria. Eso vino después, lo que nos llevó a acercarnos al agua de la mañana con una resignación que se convertiría con el tiempo en placer. Una dicha que disfrutamos con especial cuidado: aseguramos la temperatura correcta del agua, la que nos gusta de verdad y, si podemos, el jabón líquido cuyo aroma más nos agrada o la esponja con la que habremos de distribuir las burbujas en nuestra piel. Hay una sensualidad en la ducha que se multiplica en el baño, cuando cerramos los ojos, escuchamos música suave, nos iluminamos con velas y dejamos que la vida se suspenda, al menos, durante el rato que permanecemos sumergidos en un remedo de la vida intrauterina anclada en alguna memoria que nos trasciende.

Disfrutamos de la ducha matinal y también de la nocturna, aquella que en lugar de activarnos nos dispone al sueño y al buen descanso. Si la primera es estimulante, la nocturna nos produce un relax que nos hace olvidarnos de la larga jornada transcurrida disolviendo las tensiones y preparándonos para un tiempo íntimo sin compromisos ni agresiones. Y habría que añadir también otro momento de especial gozo, como es el de la

ducha que tomamos tras la actividad deportiva. Sudorosos y agotados recurrimos al agua para restablecer nuestro ánimo y el propio aspecto físico. A veces es lo mejor del partido que acabamos de disputar, el momento mágico en que la competición ha acabado y las endorfinas nos hacen sentir un bienestar que se incrementa al contacto con el dispersor de agua.

Permanecer bajo la ducha resulta liberador y estimulante, un tiempo de felicidad acuática que nos lleva, a veces, a canturrear bajo el chorro como muestra inconsciente de un estado de ánimo especial capaz de conectarnos con lo mejor de nosotros mismos. Un ritual de vida que terminamos con el contacto acogedor de la gruesa toalla que nos envuelve acogedoramente para retrotraernos al principio de nuestra existencia. Ya bien secos, con el cabello aún húmedo, nos miramos al espejo y vemos reflejada nuestra imagen más sincera, la que no se ve alterada por cremas ni prendas de ropa a las que luego recurriremos. Así somos nosotros, sin más. Nos reconocemos y sentimos sobre la piel el tacto reconfortante de una ducha que nos anuncia, como cada día, que la vida continúa.

EL LIBRO QUE NOS ESPERA

La verdad es que no terminamos de encontrar el momento para dejar las actividades que nos secuestran y encontrarnos con él. Lo empezamos por casualidad, quizá alguien nos dijo algo o leímos una información en el periódico. Desde que iniciamos su lectura estamos deseando que llegue ese momento, posiblemente nocturno, en el que volveremos a sumergirnos en una lectura que nos atrae con el poder que solo las buenas historias poseen. Nos gusta la trama argumental y disfrutamos enormemente con la calidad de su escritura. Paladeamos cada palabra, cada párrafo, con la admiración de quien es plenamente consciente de tocar la belleza con los ojos para terminar contagiando al resto de los sentidos. Un libro bien escrito se revela como una sinfonía: armónica y llena de fuerza. Un regalo cotidiano que gozamos en soledad y se convierte en compañía por mérito del autor.

Nos gusta detenernos en lo que la lectura nos produce: una satisfacción que alcanza su plenitud cuando el título elegido nos aporta mucho más de lo que pudiéramos haber imaginado. Seguramente ocurre con todas las obras especiales, aquellas en las que entramos de una manera y salimos de otra, porque en un buen libro, después de haber transitado por sus páginas, sentimos que somos mejores personas. Cuando llega el momento de disfrutar con la historia que dejamos pendiente unas horas antes, abrimos una ventana personal a mundos distintos que nos disponemos a vivir con la intensidad de los principiantes absolutos. El tiempo parece no discurrir entre sus líneas y la vida alcanza una atmósfera amable y cálida que nos envuelve para protegernos de la mediocridad y la grisura.

Avanzamos en el libro con la pasión reservada a las grandes ocasiones. No hay, seguramente, otra alternativa mejor ni nada que en ese momento nos atraiga más. Somos felices viviendo otras vidas, adentrándonos en historias que sentimos como propias y descubriendo territorios que convertimos en cotidianos a través del poder mágico de la imaginación. Incluso cuando algo en el día se tuerce y un revés inesperado se instala en nosotros, sabemos que contamos con un refugio seguro que no va a fallarnos: el del libro que nos espera, solo a nosotros, para conjurar el conjunto de sinsabores cotidianos. Por eso leemos despacio, alejados de prisa alguna y con un punto de miedo al comprobar que las páginas que nos quedan por leer van menguando. En un intento de prolongar el

estado de gracia que nos ofrece ese libro que espera cada día nuestra visita, procuramos demorarnos más aún en la lectura sabiendo que el final nos producirá un punto de desolación inevitable.

No hay dos libros iguales, como también ocurre con los cuadros o las composiciones musicales. Incluso con las personas. Agradecemos a la infancia el gusto por la lectura e intentamos que nuestros hijos se acerquen a una realidad que amamos y de la que tanto hemos aprendido. Pero cada uno sigue un camino propio, imposible de modificar solo con recomendaciones. Leer es un vicio al que nos enganchamos en su día y que nos ha reportado cientos de horas de satisfacción y deleite. Quien no comparte el gusto por los libros no va a entender que, con uno de ellos al lado, nunca nos encontraremos solos. Su presencia nos redime de largas esperas y nos distrae en momentos en que necesitamos una evasión casi terapéutica. Abrir un libro es adentrarse en un paraje mágico del que no queremos salir cuando, con un ansia casi infantil, nos sentimos transformados en alguien distinto: un héroe, un aventurero o una persona de vida intensa, que, casi en estado febril, no ansía nada más que seguir existiendo así fabricados, con letras y palabras. Si es posible, querríamos perdernos largamente entre sus páginas para no ser encontrados jamás por las desazones inevitables de la realidad más cercana.

UN ÁNGEL EN TU VIDA

De vez en cuando, solo de vez en cuando, aparece alguien especial a quien no esperamos. Puede que, incluso lo conozcamos, pero lo que somos incapaces de prever es su comportamiento ante algún hecho concreto, generalmente no favorable para nosotros. Sucede cuando a la vida se le ocurre ponernos a prueba sin un motivo concreto. El infortunio entra sin llamar y se instala a nuestro lado como prueba irrefutable de que no podemos escribir ni siquiera el destino más cercano. Resulta doloroso, pero un día la noticia, la mala noticia, nos golpea y entonces quedamos aturridos ante un mazazo frente al cual todo deja de tener sentido. Desorientados, sin rumbo ni asidero, tardamos en asimilar la situación y, en un intento desesperado por conjurar lo negativo, nos preguntamos una y otra vez si el hecho es real, si no se trata de un mal sueño, como tantas veces nos ha ocurrido antes.

Estamos durmiendo y vivimos una tragedia ficticia que al recuperar la conciencia queda en nuestro recuerdo como lo que es: una pesadilla. Ocurre que de ese sueño terrible se sale, pero la realidad no permite escapatorias ni conoce refugios más allá de la cercana barrera de nuestro dolor. Cuando peor estamos es cuando suele producirse el milagro: la llegada de alguien especial que nos ayuda a sobrevivir en medio del desánimo y la duda. Ya decimos que suele ser una persona a la que acabamos de conocer y entra en nuestra vida con la fuerza y el poder de los recién llegados. También, que puede tratarse de alguien que ya pertenece a nuestro catálogo vital. Puede que se trate de alguien cercano, pero en el proceso se revelará como un enviado providencial destinado a ayudarnos en el trance.

Se trata de personas milagro que, a modo de corcho, son capaces de tirar de nuestra maltrecha situación hacia arriba para que respiremos una vez que salimos de lo más profundo del agua. Qué diferencia, pensamos, con las personas plomo que nos hunden sin remisión en lo hondo. Cuando nos encontramos con buena gente recuperamos la fe en el género humano y todo parece cobrar, de pronto, otro sentido. Lloramos en su hombro y le hablamos en una catarsis liberadora que nos ayuda a exorcizar malos fantasmas y a recobrar, aunque solo sea un poco, la paz interior perdida. Qué importante es sentirse acompañado, especialmente en los momentos más duros, cuando la soledad produce miedo e impotencia. La palabra compartir adquiere todo su sentido y, en medio de la desolación, sabemos que, al menos, hay alguien capaz de cuidarnos y pensar por nosotros.

Más adelante, cuando lo peor ha pasado, reconoceremos en esa persona la fortaleza donada generosamente que nos permitió seguir caminando en lugar de desertar de la vida. A ella se lo debemos. En los reveses de la existencia siempre echamos de menos a alguien y, por fortuna, contamos con respaldos inesperados que hacen de la aventura de vivir algo estimulante y cargado de sorpresas. Solo los muy ingratos son capaces de olvidar el favor recibido y, en ese desdén, dejan la huella indeleble que define su calidad personal. Nosotros, con humildad, celebramos ese encuentro salvador y reservamos una gratitud sin límites para quien nos ayudó en los momentos más difíciles. Seguramente sin esa presencia nada habría sido igual y todo se hubiese producido mucho peor. Por eso, aunque no creemos en los milagros, sabemos que la vida nos reservó un trozo de humanidad en medio de la nube negra. De pronto alumbró el sol, aunque fuera con poca fuerza, pero nos permitió salir adelante. Desde entonces tenemos la certeza de que fue un ángel, aunque por precaución no se lo digamos a nadie.

ACABAR UN BIC

Al principio no nos lo habíamos propuesto, pero el uso casual del bolígrafo nos fue persuadiendo de ello y cuando la carga de tinta bajaba un poco más de la mitad, pensamos que era la ocasión para llegar hasta el final: agotarla del todo hasta que el pequeño cilindro transparente se mostrara absolutamente vacío. Ya ni nos acordamos de cuántos Bic hemos empezado en nuestra vida, quizá varias docenas. En el colegio o instituto, cuando éramos muy niños, era objeto habitual en estuches y plumieres. Al principio la punta se fabricaba completamente metálica y creemos que el sistema de respiración del cuerpo de plástico hexagonal no debía estar tan conseguido como ahora, porque todos pasamos por accidentes que terminaron por llenarnos algún bolsillo de tinta espesa y pegajosa. Lo guardábamos en el pantalón corto y mientras jugábamos en el patio el aumento de temperatura llevaba a que el depósito se desbordara y ocurriera la tragedia de la que después nos iban a pedir cuentas en casa.

Los empezábamos, los perdíamos o se quedaban olvidados en cualquier lugar, y rápidamente eran sustituidos por otros. Así era siempre. La verdad es que la imagen del pequeño y sencillo bolígrafo recién estrenado resulta mucho más atractiva que cuando está ya gastado, pero es cierto que esa circunstancia se dio pocas veces en nuestra vida porque casi nunca pasamos de la mitad. Ahora ha sido distinto, el nuevo Bic ha llegado hasta nosotros en alguna reunión o en una conferencia: alguien lo dejó allí, al lado de unos cuantos folios en blanco y un vaso con agua indefectiblemente templada y, por ello, imbebible. Nos hizo gracia y lo usamos en nuestra intervención dejando quizá un bolígrafo de mayor categoría en el bolsillo de la chaqueta. Después lo guardamos y, poco a poco, fuimos usándolo hasta caer en la cuenta de que íbamos a ser capaces de cumplir una aspiración de infancia.

Con el Bic recordamos compañeros de aula, nombres y motes de profesores, tardes de juegos alocados, bocadillos de foie gras y meriendas de pan y chocolate, fotos, siempre en blanco y negro —como era la vida entonces—, miedo de exámenes y tedio de clases áridas en las que resultaba obligado memorizar largas listas que nos aburrían hasta el hartazgo. También somos capaces de evocar olores, como el de los estuches de madera, los lápices de colores y las gomas de borrar Milan cuyo perfume aún conservamos nítido en la memoria. Eran tiempos de primeros aprendizajes, de redacciones de tema libre, ejercicios de cálculo, enciclopedias Álvarez y cuadernos de caligrafía Rubio. Momentos en los que poder escribir con bolígrafo —Bic o Bolín—

suponía un estatus de superación de la primera infancia en la que solo estaba permitido el lápiz. Una vez, alguno de nosotros se tragó una contera azul y todos, absolutamente todos, mordisqueábamos el extremo de plástico que con rapidez perdía su calidad brillante para pasar a una opacidad blancuzca provocada por los dientes infantiles.

En todo eso pensábamos en el momento en el que conseguimos —¡por fin!— acabar un Bic, un recuerdo humilde y azul que nos llegó inadvertidamente como un resto de naufragio que arribó a la playa de nuestros recuerdos más vívidos. Es algo banal, pero hoy nos sentimos muy orgullosos de la proeza lograda. La satisfacción de comprobar que el instrumento de la prueba ya no es capaz de dibujar un trazo más sobre el papel, llega aparejada con una duda que hemos de resolver de inmediato: ¿tiramos el Bic exangüe o lo conservamos como prueba de nuestro empeño pertinaz? La cosa no es fácil, pero, de momento, optamos por no desprendernos de él. Abrimos un cajón del escritorio y depositamos allí el cuerpo agotado del bolígrafo. Nos quedamos más tranquilos pensando que tenemos así la constatación evidente de que al final, varias décadas después, hemos sido capaces de algo que nos propusimos en la niñez y de que, por tanto, acabamos de saldar cuentas con el pasado.

TOMAR UN CAFÉ

Solo decirlo evoca de inmediato tranquilidad: ¿Tomamos un café...? En la propuesta va siempre implícita la construcción figurada de una isla en medio de tráfico cotidiano. Se trata, ya lo sabemos, de un pretexto para hablar en una tierra de nadie rodeada de paz y relax. En torno a la taza convocamos a amigos, a posibles clientes en un negocio o a una persona que nos interesa especialmente. El escenario también tiene su importancia, por eso elegimos un lugar agradable en el que la conversación fluya y el contacto no se vea alterado por interrupciones ambientales.

Tomamos el primer café de la mañana como una rutina casi medicinal. Necesitamos su ánimo para elevar el nuestro e incorporarnos a la vida después de la tregua del sueño. Hay personas que dicen no serlo hasta haberse transfundido una dosis de cafeína, un primer contacto al que seguirán más a lo largo de la jornada. En las empresas está convenida una pausa para café que rompe la monotonía de reuniones largas y tediosas. Se trata de un acto inofensivo pero tan útil que muchas decisiones trascendentes se han tomado en torno a él. Lo que nos gusta, además, es el ritual que cambia la percepción de la bebida. Si hay que degustarlo con los cinco sentidos, mejor entonces una vajilla adecuada: la calidad de la taza, su forma y grosor y hasta la cucharilla con la que lo removemos, harán que la infusión nos sepa mejor. Contemplamos la negrura que se agita esperando ser bebida, disfrutamos con su aroma y al llegar al paladar será la temperatura y la fortaleza del café las que aporten los elementos decisivos para sacar todo el provecho a la experiencia.

Muchas de las mejores páginas de la literatura y algunas de las sinfonías más grandiosas jamás creadas, le deben al café la inspiración lúcida de sus autores. Lo mismo puede decirse de nosotros mismos, que sin ser artistas hicimos la carrera ayudados por el carburante negro del café en noches de estudio ante la inminencia de los exámenes. Tomamos café para despejarnos, por gusto y, siempre, por satisfacción. Lo compartimos con alguien o lo tomamos con nosotros mismos, para encontrarnos o como una declaración de tregua donde relajarnos antes de volver a la actividad. Lo que sabemos es que el café no admite prisas. Hay que saborearlo despacio, con tranquilidad. Quizá pensemos en el largo camino que ha seguido hasta llegar finalmente a nuestra taza. Habrá sido un proceso en el que muchas personas hayan aportado lo mejor de sí mismas, desde la recolección hasta el procesamiento y el transporte. Muchas horas de cuidados para que podamos disfrutar del momento. Por eso nos gusta ser conscientes de ello.

Al acabar nuestra taza echamos mano, subrepticamente, a una pequeña chocolatina que nos ha llegado con el café. Despacio, dejamos que la tableta cuadrada se funda lentamente en la boca y absorbemos la intensidad del cacao potenciada por el aroma de la bebida. Es un momento en el que nos gustaría detener el tiempo y del que disfrutamos a plenitud. Terminada la pausa urge seguir con el afán de cada día. Como un buceador a pulmón, que sale de vez en cuando a la superficie, hemos tomado aire y ese respiro nos permite afrontar lo que queda de la jornada con un brío diferente. El café simboliza la calma y la amistad, punto de partida y punto de encuentro, amor y negocio, intimidad y compañía... Son tantas cosas las que le debemos, que pensamos de inmediato en el próximo momento de disfrute sencillo que nos proporcionará. Y aunque lo olvidemos, siempre estará ahí. De vez en cuando, como el perro de Pavlov, estamos en nuestra rutina y, de repente, hay un elemento primario que reclama nuestra atención aunque no nos hayamos apercibido de ello. De pronto caemos en la cuenta de que se trata del perfume inconfundible del café, y entonces, el prelude de la felicidad inmediata hace que todo tenga otro sentido.

LOS ZAPATOS DEL FIN DE SEMANA

Al final, nos los calzamos casi furtivamente, intentando que nadie se dé cuenta de que los llevamos. Estamos acostumbrados a escuchar comentarios poco cariñosos sobre nuestros viejos zapatos del fin de semana, incluso alguien nos ha amenazado con tirarlos a pesar de nuestra empecinada negativa. Es verdad que en el armario hay otros pares más nuevos y en mejor estado, pero a nosotros nos gustan estos y eso es algo que nadie va a entender jamás.

Nos gusta caminar sobre ellos en la tranquilidad del sábado y el domingo, cuando las obligaciones de la semana se han aparcado y sentimos la libertad condicional del tiempo de ocio. Pisamos un territorio íntimo y personal en el que nos encontramos a gusto sin lugar alguno para la impostura. Vamos cómodos, mucho, en realidad, porque esos zapatos con cordones son ya una especie de segunda piel. Al cabo de los años hemos ahormado su estructura hasta conseguir que se adapten a nuestros pies como un guante: suaves y livianos. Como tienen mucho tiempo, ya ni siquiera somos capaces de recordar cuánto, no nos importa que se mojen en los días de lluvia o que se manchen de barro. Los zapatos del fin de semana no nos hacen sufrir por su estado y nos tranquiliza tener la completa certidumbre de que una vez secos y convenientemente cepillados volverán a lucir su estado habitual, ese que nos gusta y desespera a quienes nos rodean.

La verdad es que nosotros no los vemos ni tan feos ni tan viejos. Su comodidad es el resultado de centenares de kilómetros recorridos con ellos a lo largo de un tiempo que siempre se nos antoja especial. Con ellos hemos transitado las avenidas más famosas del mundo y también hemos pisado campo y naturaleza salvaje. En sus suelas, ellas sí notablemente desgastadas, habita la memoria de un tiempo que siempre fue mejor porque nos condujo a territorios que pisamos por primera vez con la irrepetible ilusión del principiante. Calzados con ellos pasamos ratos felices en los que la ausencia de prisa y una morosidad sensual, nos instalaron en un ambiente confortable y plácido. Por eso no queremos renunciar a su compañía. Estamos convencidos de que los objetos, al igual que las personas, tienen vida propia y, como ocurre en todo proceso vital, el final llegará en un día y a una hora que no podemos prever.

Lo malo es que llega. Ocurre una mañana lluviosa en la que, a punto de iniciar unas gestiones, sentimos una de las suelas más rígida de lo habitual. Salimos a la calle y enseguida notamos como el agua de las aceras se cuela impunemente en la planta del pie empañando el calcetín. Nos tememos lo peor y lo peor ocurre. Asaltados por la duda

buscamos refugio en un portal, allí dejamos el paraguas y en un equilibrio imposible y ridículo, miramos lo que ha ocurrido y comprobamos como la suela está inexorablemente rajada por mor del paso del tiempo. Ya no hay arreglo posible. Esta vez no tendremos la oportunidad de acudir al zapatero a escondidas para que repare un desperfecto menor. El diagnóstico es concluyente y al momento sabemos que la aventura de los zapatos del fin de semana termina allí mismo.

Ahora toca finalizar lo antes posible las gestiones y volver a casa donde nos descalzaremos para siempre los viejos y entrañables compañeros de caminatas. Con todo el dolor de nuestra alma los tiraremos a la basura como si fuera un entierro profano e incomprensible. Ahora sí, sacaremos de su estante otro par y nos los pondremos con una cierta resignación. Cuando aún no nos hayamos repuesto del sentimiento de pérdida, alguien nos dirá que por fin hemos decidido abandonar los viejos zapatos. Al escuchar el inevitable «ya era hora», sabremos que, salvo nosotros, nadie los va a echar, lamentablemente, en falta.

LEER EL PERIÓDICO

No hay en el día un momento más personal. Desde que nos levantamos estamos deseando que llegue el encuentro con nuestro periódico, ese en el que hemos aprendido a leer el mundo desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera nos acordamos. Suele ser una cita que nos lleva a la primera evasión de la jornada: «Vamos a buscar el periódico», decimos, y eso supone una salida de casa hasta el quiosco que nos permite tomar contacto con la jornada que acaba de iniciarse. En días laborables ese rito forma parte del traslado al trabajo, pero es durante el fin de semana cuando disfrutamos de ese compromiso ineludible que nos convierte en los adelantados de la casa a la hora de lanzarnos a la calle. Nos dará igual que llueva o que haga frío, el protocolo no se modifica por el tiempo y sabemos que a la hora de la vuelta todos nos preguntarán cómo hace, convirtiéndonos en meteorólogos empíricos al servicio de la familia. El caso es que con temperaturas gélidas o con un calor de es panto, regresamos con nuestro diario bajo el brazo en una operación doméstica que nos agrada y en la que también solemos incluir el pan, otro artículo de primera necesidad.

Lo que en realidad nos gusta es desayunar con el periódico desplegado en la mesa. La combinación de la cafeína con la tinta es deseable y perfecta. De hecho siempre hemos envidiado la facilidad de las familias americanas para hacerse con un ejemplar, a fuerza de ver en cientos de películas como unos jóvenes en bicicleta lanzan los periódicos desde la carretera de las urbanizaciones a los jardines delanteros de las casas. Una vez que nos lo echamos a la cara empieza un tiempo de satisfacción que no admite demasiadas comparaciones. En realidad no hay placer más interesante ni más duradero que compartir un largo rato diario con nuestra cabecera de elección. Y, además, se trata de una satisfacción módica en su precio que, aparte de entretenernos, nos sirve para transitar mejor por el camino de cada jornada y ser así mejores ciudadanos.

Leer el periódico es asomarse a una ventana desde la que podemos atisbar todo lo que sucede en cualquier lugar del planeta. Sus páginas ordenan cada día el mundo para nosotros y en ellas encontramos las claves para tener opinión y saber lo que pasa y, especialmente, las razones de por qué pasan las noticias. Por una moneda obtenemos un cucurucho de papel en cuyo interior hay política, economía, cultura, deportes y todo aquello susceptible de interesarnos. Luego, a la hora de la lectura, no hay dos personas iguales. Existen lectores de titulares y los hay meticulosos que se detienen hasta en el suceso más nimio. Hay quien comienza el periódico por la última página y circula por las

páginas a contracorriente, que no en dirección contraria. Unos se lanzan en primer lugar a las crónicas deportivas y otros a las cotizaciones de la bolsa. Solo los más ordenados, transitan por el diario en el orden exacto que marcan las páginas y de esta única manera entienden su encuentro con la actualidad.

Nos preguntamos qué clase de lectores somos. Quizá no podemos definirnos de manera unívoca y alternamos nuestras preferencias de acuerdo con el dibujo general del día. Leemos y plegamos el ejemplar. Lo trasladamos con nosotros e indefectiblemente pensamos en algún largo artículo para una lectura reposada, quizá por la noche, que casi nunca se produce. A veces recortamos el periódico y, en la mutilación, dejamos patente nuestro particular interés como lectores. En otras ocasiones subrayamos aquello que más nos interesa y siempre, al terminar, sabemos que controlamos mejor la complejidad que nos rodea. En un momento de recreo nos enfrentamos al crucigrama como un reto cuya superación nos llena de un cierto orgullo infantil, y al final de la jornada miraremos distraídos lo que ponen en televisión o decidiremos en la cartelera la película que vamos a ver el sábado. Decididamente, le sacamos partido al periódico. La verdad es que por tan poco dinero, no le podemos pedir más.

PREPARAR UN VIAJE

Puede que lo tengamos decidido de antemano y que esa elección cierre toda posibilidad al territorio de la duda. También es posible que barajemos otras opciones y ese será el primer reto al que nos enfrentaremos como prólogo a todo lo demás. Sopesamos un destino y nos gusta también la posibilidad de otro. Calibramos las posibles ventajas de cada uno de ellos, consultamos con qué va a acompañarnos y, al final, nos decidimos en un acto de voluntad que a veces encierra algún pequeño desgarró. Empieza, sí, un discurrir por el ámbito de lo irreal. Imaginamos, discutimos y soñamos con algo tan etéreo en un principio como la realización del viaje y es, precisamente, en su preparación donde encontramos más satisfacciones porque en ese tiempo, preciso y limitado, todo es posible.

Desde entonces recopilamos todo cuanto podemos del que habrá de ser nuestro punto de llegada: leemos libros, folletos y, cómo no, pasamos horas navegando en la Red. Algo fundamental será preguntar a quienes ya han estado allí. Siempre conocemos a alguien que nos ofrece una visión muy personal y la tomamos con precaución y curiosidad a partes iguales. Será preciso vestirse para la ocasión y en la indagación del tiempo atmosférico se abre también una ventana a la duda: «Lo normal es que haga frío —nos dicen—, más que aquí»; para añadir a continuación: «Pero también es verdad que el año pasado, por esas mismas fechas, hizo un calor tan tremendo como inusual». La incertidumbre es algo consustancial con cualquier aventura por muy atada que queramos llevarla. Ser viajero supone estar dispuesto a encontrarse con lo imprevisto y, justamente eso, es lo que añade una cierta emoción a nuestra aventura doméstica sin la cual nos parece que no merece la pena movernos de donde estamos.

Durante el tiempo de los preparativos hemos de elegir las fechas, el hotel y, especialmente, las excursiones: los lugares a los que vamos a ir una vez allí y sobre los que escuchamos toda suerte de opiniones: desde el «no te lo pierdas», al «no merece la pena». Ya nos hemos preocupado por los usos culinarios del lugar de destino y, si es muy lejano y exótico, de las prevenciones sanitarias que hemos de adoptar con vacunas que suenan a enfermedades graves e inusuales en el mundo desarrollado que habitamos. Compramos guías, elegimos el equipaje y, sobre todo, soñamos. Imaginar es lo más reconfortante del viaje y en esa etapa previa de planificación nos gusta de morarnos como uno de los ingredientes más atractivos del proceso.

Disfrutamos de la situación y en la forma en la que abordamos la etapa previa dejamos huella precisa de nuestra forma de ser. Siempre han dicho que somos precavidos y, fieles a ello, cargamos con todo aquello que podamos necesitar incluyendo un botiquín de los de curarse en salud. Hacer listas y llevar más de lo necesario nos aporta tranquilidad, de la misma forma que los más aventureros necesitan sentir la adrenalina de una improvisación que nosotros no podríamos soportar. Cuando queremos reparar en ello, caemos en la cuenta de que hemos pasado semanas enredados en preparativos que, por sí solos, ya justifican la decisión del viaje. En realidad, hemos disfrutado tanto que, en el momento de coger el avión, se inicia un segundo capítulo que ha tenido un prólogo intenso y extraordinario. Empieza la segunda fase: el viaje, ya está aquí. Después de las vivencias, vendrá el recuerdo que permanecerá para siempre en la memoria. Pero hasta entonces lo que hemos disfrutado plenamente ha sido el tiempo de preparación: un territorio solo nuestro en el que los sueños conscientes nos proporcionan un placer que a veces, y eso lo sabemos, no se corresponde con lo que vamos a vivir en el destino elegido. Nos dará igual porque lo mejor de los viajes es que siempre ofrecen una nueva oportunidad para entrar en el lugar que nos gusta: aquel donde lo posible no conoce los límites de lo real.

UNA MAÑANA EN OTRA CIUDAD

Las gestiones han terminado antes de lo previsto y de improviso nos encontramos con un regalo inesperado: disponemos de una larga mañana en una ciudad que no es la nuestra. La jornada nos trae, pues, tiempo libre, una especie de recreo, como en nuestra infancia, que nos permitirá deambular sin prisas por calles que están por descubrir. De pronto sentimos el gozo de la lentitud mientras recorremos una ciudad de riguroso estreno. Vemos sus avenidas, transitamos por sus plazas y, a cada paso, no dejamos de sorprendernos con la cara de quien entra por primera vez en un territorio que le es ajeno.

Amparados en el asombro que siempre proporciona un lugar extraordinario en nuestra cotidianidad, nos detenemos ante escaparates curiosos y entramos a husmear en algunas tiendas que parecen gustarnos. Quizá nos llevemos un recuerdo del viaje o adquiramos algo para una persona especial. Mientras avanzamos en la mañana no deja de acompañarnos una sensación de transgresión. En lugar de estar trabajando nos asalta la dulce zozobra de un permiso pactado, una tregua en la actividad diaria propiciada por un espacio libre en la agenda. Nuestro avión no sale hasta horas después y el tiempo que resta lo vivimos como una especie de novillos consentidos.

Al doblar una esquina tenemos la duda de si alguien se habrá puesto en contacto con nosotros y sacamos nerviosamente el teléfono móvil del bolsillo para comprobar que todo está en orden. Por un momento tenemos la tentación de apagar el aparato. A fin de cuentas la mañana es nuestra, y ese largo paseo es una consecuencia sobrevenida en el ajustado programa del viaje. Al final, a punto de pulsar la tecla de desconexión, desistimos, así nos parece que la libertad de que disfrutamos es solo condicional y al estar disponibles adormecemos un poco la conciencia de transgresión que nos amenaza.

Miramos el reloj. Es la hora. ¿Cuánto tiempo hace que no tomamos un aperitivo con nosotros mismos? Decidido, vamos a hacerlo. El lugar, encontrado al paso, tiene un aire de elegante tradición que nos invita a entrar. Nunca lo hacemos, pero hoy ordenamos un cóctel, sabiéndonos fuera de todo orden habitual. Observamos al barman operar con la coctelera y el hielo apoyados en una barra desconocida que se erige como el altar de un capricho: de esta materia está hecha la vida, así que nos disponemos a beberla a sorbos lentos e intensos. Delante de nosotros, la copa helada nos invita a comenzar la ceremonia. ¿Nos falta compañía o estamos bien así?... Por una vez creemos que basta con nuestra propia presencia y saboreamos la bebida con una delectación desconocida. Enseguida el sabor en la boca nos reencuentra con una experiencia casi olvidada en la

memoria sensitiva. Disfrutamos cada trago y, al final, una agradable nube de algodón acolcha nuestro interior como señal de una falta de costumbre. Por una vez, no está mal. Aprovechamos la oportunidad, sabedores de que no se repetirá tan fácilmente. Mientras contemplamos a los habitantes locales ir de un sitio a otro, nos sentimos felizmente distintos al transitar por un escenario cuyas luces parecen haberse encendido solo para nosotros. Luego, la realidad se impone. Regresamos andando al hotel donde tomamos un bocado. Tras recoger la maleta y avisar a un taxi, el tiempo disponible llega a su fin. En pocas horas estaremos en el lugar de siempre. El reencuentro supondrá el fin del recreo y el retorno a la habitualidad. Hay un momento de leve tristeza ante el comienzo de la cuenta atrás conjurado por la certeza acogedora de lo conocido. Unos días después, al recuperar el mismo traje, encontramos inesperadamente en el bolsillo de la chaqueta el *ticket* de aquel bar antiguo y señorial cuya existencia queda de pronto descontextualizada. Menos mal que al volver a mirar el papel, aquel recuerdo reciente se convierte de pronto en realidad como testimonio inequívoco de una mañana inolvidable.

ESCRIBIR CON PLUMA

Los más jóvenes nos miran divertidos cuando desenroscamos la estilográfica y empezamos a escribir con ella. Acostumbrados a toda suerte de tabletas y artefactos electrónicos, la imagen de un objeto del siglo pasado les parece un anacronismo sin sentido. Pero escribir con pluma constituye todo un ritual. Una persona que la lleva en el bolsillo ya muestra con ello algo de su carácter. Es imposible que sea nerviosa o apresurada en sus acciones, porque el plumín impone una escritura lenta que permite disfrutar y demorarse en los trazos. Frente al bolígrafo o al *roller*, la estilográfica reclama tiempo y atención. A cambio nos devuelve una caligrafía más armónica, con líneas que parece que tienen música, a diferencia de la frialdad anónima del ordenador.

Quizá comenzamos a utilizar la pluma en la adolescencia, después de que alguien nos la regalara por aprobar un curso académico o en un cumpleaños. Antes se recibían estilográficas como ahora las últimas novedades informáticas. De hecho, la primera que tuvimos no era demasiado buena. El punto raspaba en exceso sobre el papel y, en cuanto nos descuidábamos, el depósito fallaba y nos manchaba de tinta dejando un desastre azul o negro ciertamente escandaloso. Luego mejoramos y accedimos a mejores modelos que incorporamos a nuestra vida como obsequios o premios que nosotros mismos nos concedimos en algún momento. De hecho, desde que el virus de las plumas nos contagió, sabemos que resulta imposible resistirse a la incorporación de nuevas piezas que cobran enseguida un significado especial.

Cuando nos queremos dar cuenta ya tenemos una pequeña colección que necesita cuidado y mantenimiento. Hay que lavar los depósitos y los plumines, para evitar que la tinta reseca obstruya el canal de alimentación. Es preciso tener provisiones de tinteros o cartuchos de las diferentes marcas que poseemos y que constituyen una diferencia que solo los entendidos pueden determinar. Los hay partidarios de un fabricante y lo defienden frente a la competencia con el mismo entusiasmo que lo hacen los aficionados a los coches. Y luego somos de trazo fino o grueso, según nuestra caligrafía, y de plumín rígido o flexible, de acuerdo con la forma personal de escribir. Todo un mundo que disfrutamos mientras contemplamos la belleza de nuestras estilográficas en absoluto comparables a los bolígrafos utilitarios que pueden olvidarse sin disgusto en cualquier sitio.

La pluma es personal y nunca dejaremos que nadie escriba con ella porque está adaptada a nuestra propia forma de dibujar letras sobre el papel. Un papel que preferimos muy satinado, sin porosidad, para que el trazo sea perfecto y suave ofreciéndonos un placer completo que afecta a los cinco sentidos. Y luego están los gustos particulares de cada cual: carga en tintero o con recambios, capuchón a presión o a rosca, un modelo que pese u otro más ligero... Las posibilidades son múltiples y con ellas disfrutamos convirtiendo en arte algo utilitario que únicamente puede ofrecer la estilográfica. Hablamos, en realidad, de una prolongación de nuestra mano, de un objeto íntimo y personal que nos acompaña y con el que reflexionamos y plasmamos nuestras ideas. Al final, los no iniciados nos miran con curiosidad y reparan en que tenemos los dedos manchados de tinta. Algo inevitable en algún momento, una especie de seña universal para todos los que usan estilográficas, perfectos conocedores de que, aunque en la etiqueta del tintero ponga «azul lavable», las señales deladoras seguirán ahí, tras el agua y el jabón, como una especie de recuerdo de aquellas fugas masivas de nuestra primera pluma que tantos destrozos causaron en la indumentaria escolar. Pese a todo, nos gusta escribir con pluma y asumimos con gusto el riesgo colateral de un borrón ocasional en el bolsillo de la camisa a modo de condecoración. A fin de cuentas, nos preguntamos, para qué está sino para eso.

UNA LLAMADA INESPERADA

Lo llevamos en el bolsillo, en cualquiera de los que se reparten por el pantalón o la chaqueta. Ellas lo meten en el bolso, donde tardan siempre en encontrarlo más de lo que dura el timbre de una llamada. El móvil, al que en un principio llamábamos teléfono portátil, se ha convertido en una prolongación de nosotros mismos, un apéndice imprescindible, quizá demasiado, sin el que nos sentimos perdidos y desconectados con el mundo.

Basta comprobar lo que ocurre cuando el pequeño teléfono permanece olvidado en casa o queda extraviado en cualquier lugar en el que hayamos estado. Una sensación de zozobra se apodera de los que experimentan estar fuera de cobertura hasta impulsarlos a acudir enseguida a su rescate. Con el móvil operativo y en su sitio habitual, una especie de confort nos invade. Ya no pasará nada que no sepamos al instante. Ya, creemos, ningún imprevisto podrá sorprendernos en nuestra jornada. «¿Llevas el teléfono?», nos preguntan, o preguntamos, antes de un viaje. La respuesta afirmativa es una señal inequívoca de tranquilidad en la que confiamos más allá, seguramente, de lo razonable.

Por ese aparato, cada vez más complicado de manejar, nos han llegado alguna mala noticia: la enfermedad de alguien cercano, un accidente, la muerte de un familiar... Pero también su presencia cercana nos proporciona alegrías e instantes de grata felicidad. Lo mejor es la imprevisibilidad de la comunicación. De pronto el aparato suena y respondemos con el mimetismo torpe de la habitualidad. Pocos segundos después, los que tarda nuestro cerebro en descodificar el mensaje, una sensación de plenitud nos llena y una risa espontánea asoma a nuestro rostro como prueba inequívoca del buen estado de ánimo que disfrutamos.

Acabamos de enterarnos de un premio que acaban de concedernos y que no esperábamos en absoluto, de que un hijo ha encontrado, al fin, un buen trabajo, del acierto en un juego de azar, de un dinero no previsto que llega a nuestra vida, del aprobado del estudiante más temido de la familia... De repente, todo cobra un nuevo sentido. Tal parece que el azar hubiera trazado una raya en el día para separar lo que habíamos protagonizado antes de la llamada de lo que vayamos a vivir después. La euforia es contagiosa y nos lleva a compartir la buena nueva con aquellos a los que tenemos más cerca. Si la noticia es importante pensamos de inmediato cómo vamos a celebrarla. Invitaremos a los nuestros a comer, sorprenderemos con un viaje a nuestra pareja, nos tomaremos algo con los amigos... Siempre con los nuestros, con los íntimos,

aquellos que nos acompañan en el incierto viaje por la vida. ¡Ah, la vida! Sin poderlo imaginar siquiera nos ha dado un beso haciéndonos sentir la dicha plena. Por ese momento ya habrá valido la pena el día. Lo mejor es que, además de la satisfacción inmediata, el episodio queda grabado para siempre en nuestra memoria. Cada vez que lo evoquemos tendremos la certeza absoluta de que, al menos en esa ocasión, fuimos plenamente felices. Y eso es ya mucho...

Después, cuando todo haya pasado, pensaremos probablemente en el instante en que ocurrió. Hasta un segundo antes todo era normal, habitual, incluso anodino. Basta un timbre, o una de esas melodías imposibles que brotan de los móviles, para desencadenar algo importante en nuestras vidas. Es el momento preciso, la frontera tenue y exacta, que dibuja el cierre de algo y el inicio de una situación mejor. Tras la novedad se inicia un breve plazo de tiempo durante el cual tenemos la percepción de vivirlo todo flotando, en una nube. Es probable que no se repita en mucho tiempo, quizá nunca, pero, por si acaso, nos aseguramos de no olvidarnos el móvil.

MÚSICA AMBIENTAL

Desde los primeros compases la melodía se nos revela cercana y conocida. Es verdad que no se trata de la versión original, pero la recreación resulta amable y reconfortante ante el trance del despegue del avión o la terrible espera en la consulta del dentista.

Enseguida comprobamos como la musiquilla conecta con nuestro subconsciente elevándonos el ánimo y ofreciendo al alma una especie de masaje que tranquiliza y hace que lo inesperado, o lo temido, resulte más llevadero. Puede que nos sorprendamos tarareando la canción en un acto reflejo que evidencia una satisfacción instantánea necesaria para afrontar lo que vendrá después. La perspectiva de una larga travesía sobre el océano, cuando tenemos miedo a volar, o la de someterse a una revisión médica que va a conllevar, indefectiblemente, incertidumbre y algo de dolor físico, necesita de este preámbulo sencillo al que no es necesario detestar por más que su valor artístico deje mucho que desear.

No se trata de música, ni debemos exigirle parámetros de calidad. Más bien es calidez lo que aporta, desde cualquier rincón, a modo de manto acogedor. Escuchamos el acompañamiento ambiental en el ascensor, en la piscina de un hotel, en la cafetería vacía de clientes (luego, al llenarse, ya no se oirá nada por el griterío del ambiente) o en el autobús que nos traslada de aquí para allá en una excursión inopinada. Lo verdaderamente terrible es la repetición, la grabación que regresa una y otra vez al punto de partida convirtiendo la compañía en reiteración.

Por fortuna, eso no ocurre siempre, así que tampoco nos veremos en la situación de pedir que cese el sonido o tener que abstraernos de algo que, en lugar de confort, produce tedio por el mal uso de algún desaprensivo.

De ahí viene la mala fama de la música ambiental y lo despectivo de su valoración que se traslada al conjunto de profesionales que la hacen posible. En alguna ocasión nos hemos preguntado por esa pléyade de instrumentistas, directores y productores que ocupan su jornada laboral grabando la música que nos distraerá ante los acontecimientos tensos que nos aguardan o pretenderá subrayar momentos de una cierta distensión en nuestras vidas. Imaginamos la íntima frustración de quien, a falta de otras perspectivas más creativas, ha de conformarse con interpretar partituras ajenas dotándolas de un ritmo

casi idéntico en cumplimiento de las reglas precisas del mercado. Podemos hacernos cargo de su desencanto, solo redimido por el disfrute de un auditorio misterioso para el que elaboran sus melodías.

Si al escucharlas sentimos calor en el alma el esfuerzo habrá valido la pena. Si ha redimido en algo nuestra angustia ante una situación de especial zozobra, también. Pero si esa música menor ha logrado colarse en un momento de especial intensidad en el que nos hemos encontrado realmente bien, haciendo que hayamos tenido ganas de volar, el objetivo se habrá cumplido en toda su plenitud.

Hay que reparar en ello la próxima vez que su sonido salga a nuestro encuentro. No hay que fijarse en que todas las canciones suenen igual ni en que los arreglos se asemejen a veces a un dulce pastel multicolor. Seamos conscientes de la brisa de aire que la música de ambiente mueve en nuestro entorno, del relax que nos crea y de la atmósfera de sosiego que forma a su alrededor, para eso sirve, ofreciéndonos una mano amiga que actúe a modo de cobijo ante las tormentas que nos empapan en lo más profundo, allí donde habita la angustia y la incertidumbre nos suministra una punzada de temor que así pretende ser conjurada con el arrullo suave de una melodía amiga.

COMER CHURROS

Simplemente evocarlo ya predispone a una fiesta pequeña y entrañable. Una mañana alguien propone: «¿Vamos a por churros?», y el aire se perfuma de inmediato con la evocación inequívoca a un olor de nuestra infancia. La conexión de la memoria nos traslada tiempo atrás: a ferias con carruseles, puestos de tiro y autos de choque. En medio del tráfago bullicioso e imposible de la verbena, surgían siempre los churros como una pausa amable y golosa. Un cucurucho, caliente y grasiento, es el recipiente idóneo para acoger media docena bien espolvoreados por encima con azúcar. Un regalo para el paladar y los sentidos que siempre encierra un cierto componente de transgresión por aquello del colesterol, los triglicéridos y otros parámetros que en nuestra niñez nos resultaban desconocidos y nos permitían disfrutar del premio con menos remordimientos que ahora.

A pesar de ellos, nos decidimos y pensamos que «un día es un día», así que atacamos el paquete y la primera sensación de fuego en la boca nos indica que están en su temperatura ideal, dorados, churruscantes; tiernos y sabrosos... una delicia gastronómica humilde y sencilla, capaz de convertir cualquier momento en una fiesta improvisada.

Bien mirado, los churros son nuestra magdalena proustiana, el punto de contacto con meriendas de la infancia por la calle de la mano de nuestra madre, cuando aún había puestos ambulantes en el centro de las ciudades, y con las primeras salidas de adolescentes medio emancipados. Eran aquellas, noches interminables en las que nos empeñábamos en no dormir porque así entendíamos, bien equivocadamente, que no divertíamos más. Rendidos y agotados, con las primeras luces del alba siempre inquietantes cuando nos sorprendían aún despiertos, recalábamos en cualquier bar recóndito a comer unos churros con los que recomfortar el estómago y emparar las copas anteriores. ¡Qué bien nos sabían! Uno a uno, iban cayendo mitigando un hambre nocturna y artificial alimentada de vigilia, baile y alcohol. Ya, después del ritual, comenzaba la retirada del grupo: unos a su casa a descansar, los más afortunados, y otros —éramos jóvenes— a trabajar o a la facultad después de una ducha tan imprescindible como la primera colación del nuevo día.

Ahora, lo reconocemos, solo tomamos churros de vez en cuando; desde luego, mucho más espaciadamente de lo que nos gustaría. Resulta, sin duda, nuestro desayuno preferido con un café o, ya puestos a la trasgresión metabólica, un chocolate a la taza en

el que untarlos con delectación. Con ellos celebramos algo o inauguramos el día de una manera especial y evocadora. Y no nos valen los churros congelados, auténtico atentado de lesa gastronomía, que sirven en los bufetes de algunos hoteles desaprensivos e impostores. Esa masa gomosa nunca alcanzará la categoría ni el nombre del manjar en el que nos reconocemos con debilidad infantil. Tampoco nos gustan cuando se quedan fríos y, por tanto, indigeribles. Lo suyo es tomarlos calentitos, así en diminutivo, y, por supuesto, con las manos. Nadie concibe la herejía del cuchillo y el tenedor. Los churros no admiten protocolo, solo alegría y ganas de vivir. Al final, como tantas veces, terminamos con el paladar satisfecho y los dedos churretosos de aceite que traspasamos a la delgada servilleta de papel hasta dejarla plagada de surcos transparentes. Es la prueba inequívoca de que hemos sido felices durante unos minutos embriagados por el perfume inconfundible de la niñez con música de carruseles.

COMPLETAR UNA TAREA

Ya está. Hemos llegado al final. Aquello que un día fue un simple proyecto sobre el papel es hoy una realidad gozosamente conseguida, porque, al final, la satisfacción de completar la tarea borra de nuestra memoria todos los sacrificios, sinsabores y malos ratos que nos han conducido hasta ella. Una idea global, un plan concreto, que se erigía como un reto, una meta anhelada y lejana: de repente todo aquello que perteneció al mundo de las ideas se ha transformado en algo tangible de lo que nos enorgullecemos porque, de alguna manera, nos permite visualizar la medida de nuestra capacidad de esfuerzo. Ya sabemos que no ha sido tarea fácil, pero esta, en concreto, nos pertenece como una credencial de todo lo que somos capaces de llevar a cabo si de verdad nos lo proponemos.

Pocas cosas nos aportan mayor felicidad que finalizar un trabajo al que hemos dedicado un largo proceso de tiempo y renuncia. Hablamos de unas oposiciones, de una tesis doctoral, de un trabajo de fin de carrera, del informe difícil y voluminoso que nos encargaron en el trabajo o de la colección que un día nos propusimos construir. Llegar a la conclusión de todo ello nos produce una sensación compuesta por orgullo y liberación al mismo tiempo. Es aquello que nos contaban de niños: la satisfacción por la tarea bien hecha. Ahora lo comprendemos a la perfección. Hemos completado el trabajo con éxito y quizá nos merecemos una recompensa singular, íntima y propia.

En realidad el proceso de gratificación personal es sencillo y lo sentimos, igualmente, en circunstancias mucho más pedestres, cuando por fin acometemos la pequeña obra de casa para la que nos reclamaban atención hace mucho tiempo o, sin más, cuando nos lanzamos a la calle un sábado por la mañana con una larga lista de tareas en el bolsillo de la chaqueta. Poco a poco vamos cumpliendo con los objetivos domésticos que nos ocupan: entramos en tiendas, acudimos a puestos y locales, visitamos el banco para las gestiones siempre pendientes, certificamos la carta que tenemos que enviar con ese requisito y, secretamente, sin que nadie nos vea, vamos tachando recados de la lista hasta que las manchas continuas de tinta ganan la batalla a los enunciados escritos. Cargados de bolsas y algo fatigados por el recorrido callejero, regresamos a casa como héroes triunfantes de una batalla contra las colas, la burocracia y la monotonía de las cosas que nos ocupan sin que podamos hacer nada por aplazarlas.

Cuando vemos que todo está realizado nos sentimos en orden con nosotros mismos. La batalla a la pereza siempre reporta una sensación de poder que nos dura poco pero nos reconforta con nosotros mismos.

En ocasiones abordamos las tareas pendientes desde muy temprano por la mañana: ese momento en el que las calles se desperezan y nos cruzamos con los que dan cuerda a la ciudad. Podemos llevar unos zapatos al local madrugador de quien va a repararlos y, a duras penas, somos capaces de realizar algunos trámites de transferencias y cuentas corrientes, porque lo demás permanece cerrado hasta las diez. Quizá nos hemos adelantado en exceso y nuestro ritmo supera al de la vida cotidiana que posee sus horarios y rituales propios. Ante la perspectiva de la espera optamos por entrar a tomar un café en un bar de paso y dejar discurrir el tiempo hojeando los titulares del periódico. Luego, ya sí, las persianas de la ciudad se levantan y todos los destinos de nuestros asuntos se abren para nosotros. Se trata, ya lo sabemos, de minucias que no mueven el mundo, recados de menor cuantía cuya importancia únicamente cobra sentido para nosotros y el universo cotidiano que nos rodea, pero que es necesario resolver para conseguir un bienestar cercano que nos dota de fortaleza a nuestros propios ojos. Siempre lo soñamos tras escucharlo en las películas de nuestra niñez. Hoy, al fin, podemos decirlo: «Misión cumplida».

ESTRENAR UN COCHE

Es algo que solo ocurre unas pocas veces en nuestra vida. De hecho, asociamos cada uno de los vehículos que hemos conducido a etapas muy concretas: aquel utilitario con el que íbamos a la facultad con tres amigos, el que nos compramos tras conseguir nuestro primer trabajo, quizá uno unido al nacimiento de un hijo... Con los coches hacemos kilómetros y recorremos nuestra existencia dentro de un receptáculo en el que hemos pasado muy buenos ratos, hemos hablado, a veces discutido, e, incluso, nos hemos enfadado, y mucho, con nosotros mismos a causa de alguna torpeza, un despiste o cualquier incidente del recorrido.

Aún recordamos bien la manera en que nos temblaban las piernas sobre los pedales la primera vez que cogimos un coche nosotros solos en medio del tráfico incesante de la ciudad. Se trataba de un sufrimiento querido y consciente, un ritual necesario en el que nos enfrentábamos a las tensiones de la conducción y en transcurso del cual raspábamos las marchas, dábamos acelerones y nos costaba un mundo conseguir cambiarnos de carril, tarea que se nos antojaba como prácticamente imposible. De pequeños veíamos conducir a los mayores y anhelábamos que llegara el día en el que pudiéramos emularlos con el carné en el bolsillo y toda la responsabilidad adulta que ello comportaba. Como siempre ocurre, ese día llegó e incluso desembocó en otro en el que nos sorprendimos explicándoles la función de la palanca de cambios a nuestros hijos que, tiempo después, nos pedirían las llaves para iniciar su aventura conductora en solitario como un ciclo repetido e inexorable.

Pero lo que realmente nos ha hecho felices, siempre y en todos los casos, ha sido estrenar un automóvil. Un coche nuevo es un regalo periódico, aunque muy espaciado en el tiempo, que reproduce la ilusión antigua de las noches de Reyes. Un momento del que nos sentimos protagonistas al llegar al concesionario y contemplar arrobados la imagen y las características de quien habrá de ser un fiel compañero durante muchos años: decenas de interruptores y luces de diferentes colores que aprenderemos a interpretar con el uso, desconocimiento de cuestiones básicas como la forma de accionar el limpiaparabrisas o la manera exacta de meter la marcha atrás. Vemos sus dimensiones, comprobamos la calidez de sus asientos y nos sorprendemos admirando algún avance que no formaba parte de nuestro coche anterior. Elegimos el color de la misma forma que antes lo hicimos con el modelo. Un coche dice de su propietario mucho más de lo que este puede

imaginar: sabemos enseguida si es audaz o clásico, incluso si tiene espíritu joven o se ve a sí mismo más bien mayor. Una berlina, un deportivo, un todoterreno o uno tipo furgoneta, define bien la forma de ser y la escala de valores de quien va a conducirlo.

Y luego está el olor... No hay perfume comparable al de un vehículo recién estrenado, un aroma indefinible que indica por sí solo que todo está intocado e impecable. Durante mucho tiempo pensamos que se trataba de algo propio de la suma de materiales totalmente nuevos, pero un día se nos rompió el mito al saber que se trataba de un truco conseguido por los fabricantes de manera artificial y cuya aplicación podría extenderse, incluso, a un auto antiguo, aunque el resultado fuera un oxímoron industrial.

Suspiramos por el olor de un coche nuevo y, embriagados por él, tenemos la constancia, inexacta y artificial, de que nuestra vida ha mejorado de forma significativa. Definitivamente estamos alegres e ilusionados con nuestro juguete recién construido. A bordo nos sentimos contagiados por una jovialidad desacostumbrada: tan contentos como un adulto con coche nuevo.

IR AL CINE

Desde siempre la simple perspectiva de acudir a ver una película ha tenido un carácter festivo del que no nos hemos recuperado nunca por muchos años que hayan pasado y muchos centenares o miles de horas transcurridas en la soledad acompañada, acogedora e inquietante, de una sala de cine. En realidad decimos que vamos cumpliendo años, pero lo que hacemos es cumplir películas, momentos de ensoñación en los cuales hemos vivido otras vidas prestadas y nos hemos sentido héroes, aventureros, detectives, guerreros aguerridos o exploradores valientes, por mor de las historias que han alimentado nuestra existencia al mismo tiempo que nuestros sueños.

Las primeras veces acudimos a las salas acompañados de mayores que nos introducían en un mundo fascinante al que aún regresamos para salir de la mediocridad cotidiana, a veces tan asfixiante. Eran tiempos de dibujos animados o filmes de espadachines con tramas llenas de emoción y gritos de la chiquillería que animaba siempre al bueno en un ejercicio de identificación consustancial con la propia esencia del espectáculo. Tardes de sesión continua con bocadillos para merendar a oscuras y una curiosidad infinita por asomarnos a mundos que hasta entonces nos estaban vedados. Después ya empezamos a acudir al cine con amigos y, más tarde, en plena adolescencia, a encontrar en la butaca de al lado la tentación irresistible del sexo contrario. Cada cine tenía su olor característico y un ambiente que le hacía diferente a todos los demás: aroma de palomitas en la entrada y perfume artificial de ambientador en el interior. Butacas rígidas e incómodas o tapizadas y mullidas, según los casos, al principio en las alturas del gallinero y más tarde en el estatus que otorga la platea. Pero siempre convocados por vidas artificiales que se han abierto ante nosotros como una invitación a la aventura.

Lo mejor del cine es que nos permite soñar y eso en determinadas circunstancias de la vida resulta impagable. Cuando no nos gusta lo que rodea a la existencia que llevamos siempre hemos encontrado en el refugio de una sala otras vidas de recambio que en muchas ocasiones han redimido la nuestra. Alguna vez quisimos ser como los modelos irreales que aparecen en la pantalla. Los actores y actrices marcan tendencias y se muestran como iconos imposibles por la perfección de sus rasgos y la armonía sin interrupción que muestran ante las cámaras. Claro que todo es ficticio, irreal y de cartón piedra, pero eso, aunque lo sabemos, también lo necesitamos para hacerme nos áspera la realidad. En algún momento, hemos de reconocerlo, quisimos tener el valor de un duro

cowboy, encender los cigarrillos como Bogart, volar como Superman, o besar a la chica como cualquiera de los muchos galanes que han poblado el universo onírico del celuloide.

En el cine somos mejores porque somos distintos y todo está permitido. No hay nada vedado a la imaginación y esa es una dimensión que nos reconforta, a modo de bálsamo, para volver a la normalidad con un espíritu renovado. Cuántas veces, al salir del cine con los ojos aún desacostumbrados a la luz del día, no nos hemos sentido aliviados ante la circunstancia extraordinaria de regresar a la cotidianidad desde un mundo mejor. Esa es la magia del cine, el poder singular de un espectáculo creador de sueños que nos posibilita una transformación inmediata y tasada de nuestra vida e incluso de nosotros mismos. Todos hemos soñado en algún momento con ser otros y eso es tan posible como gastar unas pocas monedas en dos horas de felicidad a plazo fijo.

Siempre hemos pensado que a la vida le faltaba una banda sonora. Por eso, como en la pantalla, de vez en cuando suenan violines de la manera más inesperada y la jornada se revela en todo su esplendor para sacarnos del blanco y negro y permitirnos vivir una escena en technicolor en la que somos protagonistas absolutos. Aunque después del beso aparezca, indefectiblemente, la palabra fin.

COCINAR PARA OTROS

Empezamos a prepararlo todo cuidadosamente desde días antes, en realidad, desde que nos atribuimos la responsabilidad buscada y querida de ser los anfitriones de un grupo de amigos o familiares. En algún instante, cuando el proceso alcanzó su momento de más trabajo, pensamos que quizá habíamos sido excesivamente temerarios, pero esa sensación se desvaneció de inmediato cuando nos dimos cuenta de que todo iba a salir bien. Cocinar para otros alcanza todo el sentido propio de las celebraciones, porque hacerlo para uno mismo es como bailar solo: se puede hacer, pero nada tiene que ver con la verdadera experiencia compartida. Nos hemos comprometido y basta; ya no hay marcha atrás, y por ello contamos, una y otra vez, el número de personas convocadas ante la improbable tragedia doméstica de no tener bastante para todos.

Lo primero fue pensar el menú y buscar los ingredientes. No todo le gusta a todo el mundo, y, además, hay que tener en cuenta las especificidades: aquello que desagrada a una persona o que le resulta inadecuado a otra. Por eso cambiamos varias veces de planes antes de decantarnos por el definitivo. Cuando ya estamos seguros nos acercamos al mercado para elegir con un especial cuidado todo aquello que va a traducirse en momentos de felicidad coral en torno a la mesa. Ese y no otro es el sentido de una convocatoria gastronómica: lo que nos diferencia del resto de habitantes del planeta, la posibilidad del gusto por la comida y la conversión de un acto meramente fisiológico y de supervivencia en algo refinado que limita con la cultura, y hasta con el arte en los casos más excelsos. Ocurre como en el sexo, son líneas paralelas en las que la gastronomía y el erotismo subliman el instinto animal hasta la dimensión que solo a nosotros nos corresponde, de ahí que la comida y el placer físico, la mesa y la cama, tengan una relación tan estrecha y comprensible.

Preparar una comida para un grupo es un acto de amor. Alguien da lo mejor de sí mismo para conseguir la felicidad de los demás, por eso no se repara demasiado en gastos y se comparte lo mejor que se tiene. No se concibe que en esas circunstancias nadie guarde una buena botella de vino o pudiendo comprar por valor de diez, decida hacerlo por importe de cinco. Queremos que no falte casi nada, por eso prevemos hasta el mínimo detalle: los aperitivos, la vajilla, las bebidas, la presentación de los platos, el postre... A medida que vamos cerrando etapas de preparación sentimos más cerca el ambiente de celebración colectiva y gozosa. Intuimos, no puede ni se merece ser de otra manera, que habrá risas, bromas confidenciales interesantes; buscamos motivo para ello y

la amistad o la familia son los mejores para la convocatoria a una cita que entronca con lo más ancestral del ser humano: el ritual de socialización y conmemoración en torno a una mesa bien surtida. ¿La nuestra lo está? Pensamos que sí, aunque por si acaso hayamos hecho en los últimos días un acopio ya innecesario de provisiones. El caso es que queremos agradar y disponemos de la generosidad imprescindible para asumir el rol de anfitriones.

Cuando llega el momento y la suerte está vencida, solo cabe sentarse a disfrutar. En el fondo tememos el veredicto de los comensales que habrán de juzgar, siempre con benevolencia, nuestros desvelos en la cocina. Esperamos expectantes hasta que prueban el primero de los platos: escudriñamos disimuladamente sus caras, esperamos sus reacciones, hasta que una sonrisa franca de satisfacción asoma a nuestro rostro cuando una aprobación, conjunta y elogiosa, llega a nuestros oídos: «Está muy bueno», «riquísimo», «¿cómo lo has hecho?»... La felicidad ya resulta completa. Y además es compartida. Enseguida, caemos en la cuenta de que estamos celebrando la vida. Y al fin y al cabo, de eso se trata.

COMPRAR LOTERÍA

¿Cuánto cuestan los sueños? A menudo nos lo hemos preguntado cuando paseando por la ciudad, acaso por una que no es la nuestra, nos hemos detenido de improviso ante una administración de loterías o un quiosco de venta de cupones, para echar una moneda al aire y convocar a la suerte con ilusión de principiantes, pensando que todo puede ser posible. Ya sabemos de sobra que no nos va a tocar, que la apuesta es tan arriesgada en suerte como difícil, pero ese carácter imposible no nos quita la duda del «por si acaso». Jugamos «por si acaso», «por si toca», por ver si la vida nos sonríe y la fortuna se convierte inesperada aliada de los anhelos más buscados. En realidad no perseguimos retirarnos ni comprarnos una especie de palacio, sino más bien conseguir un confortable colchón económico que nos permita no estar nunca más pendientes del saldo de nuestra cuenta corriente. En eso radica la ilusión cotidiana de jugar a la lotería, aunque nunca nos hayamos caracterizado por apostar mucho.

En el colmo de la generosidad ni siquiera pensamos en nosotros. Tenemos la vida más o menos resuelta y, aunque nos vendría bien un pellizco en forma de premio, tenemos en mente a los nuestros. Soñamos lo que haríamos con un premio y como ayudaríamos a nuestros hijos o a los familiares más cercanos. Sin duda, lo mejor de la fantasía es que resulta gratis. A nadie le está vedado imaginar y ese motor personal nos salva en muchas ocasiones a lo largo de la vida, porque sin ilusión es imposible aplicarse al oficio de vivir que se alimenta de ese ingrediente básico y esencial. Alguien sin ilusiones ha dejado, en realidad, de ser. Soñamos, imaginamos, anhelamos... Deseamos aquello que no tenemos y convocamos a la fortuna como una suerte de escudo para seguir adelante y escapar de una realidad quizá teñida de gris, como la cara B de una existencia que alguna vez pensamos más prometedora.

Sabemos que la suerte no nos va a besar tampoco esta vez, pero a pesar de ello no lo descartamos del todo. ¿Por qué no a nosotros?, nos preguntamos, mientras guardamos el décimo, o el pequeño impreso del juego elegido, en un lugar seguro de la cartera o el bolso. Lo acariciamos con cuidado y custodiamos el papel como un tesoro prometedor y oculto que nos pertenece en el territorio improbable del azar. Lo que en realidad atesoramos son números que en abstracto, no tienen ningún sentido, hasta que un sorteo, una combinación ignota o unos resultados que no podemos prever, les dotan de vida para cambiar la nuestra. Supersticiosos, solicitamos una terminación concreta en un número y

rechazamos otra como si un guarismo concreto nos fuera a dar más suerte acudiendo al rescate de las ilusiones añoradas. Todo es posible. Todo se encierra en la magia de unas cifras que suponemos perfectas aliadas de un futuro que imaginamos mejor.

Al cabo de los días llega el momento de comprobar el resultado y algo en nuestro interior se resiste a conjurar la fantasía propia de la espera. Es preciso rescatar el papel celosamente guardado y someterlo al escrutinio de la realidad impresa en una página de periódico. Hasta el mismo instante en que contrastamos nuestra posibilidad cifrada con la realidad las ilusiones se mantienen intactas, como los sueños. El primer momento es siempre de incredulidad. Aunque se vea con claridad que la suerte ha pasado otra vez de largo, volvemos a comprobar maquinalmente el resultado, como si estuviéramos confundidos o se hubiera producido un error que aún no otorgara carta de naturaleza a nuestro infortunio. Al cabo de un momento nos rendimos a la evidencia y constatamos que este día va a ser igual al anterior e idéntico al siguiente; al menos en cuanto a la economía se refiere. Bueno, tenemos salud, nos decimos, y quizá trabajo. Ya está. No hay que pedirle más a la vida. Por si acaso volvemos a guardar el décimo en otro lugar por si en el sorteo se hubieran equivocado: ¿O es que acaso los sueños no tienen derecho a extraviarse?

VOLVER A LOS LUGARES DE LA INFANCIA

Lo hacemos pocas veces. Por un lado nos impulsa el deseo de recuperar fragmentos de nuestra propia memoria que, en ocasiones, tenemos deformados por el tiempo. Y ese es el principal temor: no saber a ciencia cierta si aquello que atesoramos en nuestra mente desde hace tanto tiempo se corresponde con la realidad o se ha convertido en un trampantojo por el discurrir inexorable de los años. Queremos regresar a las calles de nuestra infancia, al territorio en el que se guardan las vivencias de los niños que un día fuimos; saber si las cosas permanecen tal y como las pensamos y volver a revivir momentos que nos conformaron como personas y contribuyeron a pintar de color las tardes de juegos y meriendas de pan y chocolate.

Ya no somos los mismos y, sin embargo, algo permanece igual en nuestro interior: si rebuscamos, aún queda un punto de ternura e ingenuidad que los desengaños y los golpes de la vida no han conseguido hacer desaparecer. Entonces, hace tantos años, cuando recorríamos estos lugares con la mirada asombrada del que tiene todo por descubrir, éramos incapaces de saber lo que nos aguardaba en un futuro del que ni siquiera nos preocupábamos porque vivíamos, como todos los niños, en tiempo presente. Ahora volvemos a ese mismo mundo y nos preparamos mentalmente para asumir las decepciones inevitables que nos aguardan: lugares que no son tan grandes ni tan extraordinarios como pensábamos, tropelías urbanísticas que han arrasado con escenarios reconocibles y, sobre todo, la desaparición de lugares, locales, tiendas e instalaciones, en las que se desarrolló una etapa importante de nuestra vida.

Queremos visitar el primer colegio al que nos apuntaron de muy pequeños y comprobamos sorprendidos que ya no queda ni rastro y en su lugar se erige un edificio de viviendas cuyos habitantes no saben ni conocen aquello que nos inquieta. Tampoco existe ya el pequeño supermercado al que tantas veces acompaños a nuestra madre ni el quiosco en el que comprábamos golosinas (entonces no se decía chucherías) y aquellos irrepetibles tebeos en los que aprendimos a leer y a entender los roles sociales: *Pulgarcito, Tío-Vivo, DDT, Din Dan, Pumby...* Nos preguntamos adónde habrán ido a parar tantas ilusiones generadas en su pequeño ventanuco y una punzada de amargura nos invade al saber que fueron sepultadas por piquetas y máquinas excavadoras que no respetaron ni sueños ni ilusiones.

A pesar de ello es mucho lo que permanece, incluso igual que entonces, permitiendo vernos a nosotros mismos cuarenta años atrás como en un juego de imágenes en el que nos convertimos en espectadores de nuestra propia realidad pasada. Durante el tiempo que dura esa visita retrospectiva nos sentimos en estado de gracia y los recuerdos positivos nos provocan una felicidad plagada de gratas sensaciones. Lo bueno, como siempre debe ocurrir, termina imponiéndose sobre lo más áspero y, tras el balance, nos quedamos con un saldo acogedor y amable que convierte la realidad cotidiana en un lugar tamizado por el recuerdo de los buenos momentos. Aquellos en los que, inconsciente y felizmente, vivíamos ajenos a un futuro incierto que, al final, nunca ha colmado las expectativas que jamás depositamos en él.

LA SONRISA DE UN NIÑO

No hay nada mejor. Imposible encontrarlo por tiempo que se viva o muchos lugares que se conozcan. Su lenguaje es universal y encierra todo el sentido de la vida, de la plenitud como muestra de una alegría a la que podemos contribuir con solo proponérselo. Si algo da sentido a la existencia es provocar la sonrisa en un niño alguna vez. Pueden ser nuestros hijos, familiares, pequeños de nuestro entorno cercano o personitas que nos encontramos en cualquier escenario por muy alejado que esté del nuestro. En realidad no importa que no hablen nuestro idioma porque la expresión que reflejan sus caras es universal: una sonrisa, una mirada especial, un gesto de felicidad instantánea con vocación de perpetuarse...

Seguramente nadie puede sentirse completo como persona hasta no haber vivido la experiencia. Si la bondad tuviera que medirse con algún parámetro, este sería, sin duda, el indicador más fiable. Pasar por la vida sin haber regalado un momento de felicidad a un niño es el reflejo de una existencia egoísta y perdida. Hablamos, bien lo sabemos, de unas palabras de cariño, de una caricia, de una golosina recibida con picardía y satisfacción reflejada en el rostro. Cuesta muy poco entregar una sonrisa que inmediatamente se reflejara en la expresión asombrada de un niño que, aunque no nos entienda, agradece un gesto de cariño que, además, nos reconcilia con los críos que alguna vez fuimos.

Por eso no entendemos a quienes nos explican que a ellos no les gustan los niños. Así, como si se tratara de objetos, plantas o mascotas. Es como si renunciaran a un pasado ineludible en el que también buscaron gestos de aprobación, afecto y amparo en los mayores que les rodearon. Solo desde una autosuficiencia exagerada y un desapego patológico es posible no sentir ternura ante la cercanía, alegre y esperanzadora de los «locos bajitos», como genialmente les definió un genio, siempre en el recuerdo, llamado Gila. Y también, por eso, sabemos que no existe crimen más execrable que hacer daño a un niño. Nos sobresaltan las noticias que hablan de malos tratos o abusos a pequeños. ¿Cómo es posible?, nos preguntamos sin entender los mecanismos oscuros de mentes enfermas capaces de una crueldad sin perdón posible. Algo inexplicable y retorcido que refleja el envés, pleno de maldad, incompatible con los sentimientos que suscitan los pequeños. De sobra sabemos que son la encarnación perfecta de la alegría y que en la historia de cada una de nuestras vidas hay unos momentos de plenitud asociadas al nacimiento de nuestros hijos: lo más hermoso que le puede pasar a una persona.

Cuando la vida se torna injustamente dura y ciertos comportamientos nos afectan o nos hacen daño, nos queda el refugio de la sonrisa de nuestros niños cercanos. Ellos nos ofrecen, en su inocencia, un territorio capaz de redimirnos de las miserias del día a día. Un lugar propio en el que somos capaces de sentirnos buenos y descubrir los más nobles sentimientos que encerramos en nuestro interior. A su lado nos convertimos en mejores personas y su risa nos permite sobrevivir con dignidad a la mediocridad que amenaza con asfixiarnos poco a poco.

DESAYUNAR SIN PRISAS

En realidad, da igual el sitio elegido: el comedor recoleto de un hotel en el que hemos descansado a conciencia durante la noche, un *buffet* bien surtido en un salón de amplios ventanales o la tranquilidad familiar de nuestra propia cocina. Lo importante, sin duda, es el resultado: la posibilidad de disfrutar de un largo rato para desayunar sin agobio alguno. Por alguna gozosa razón hoy nadie ni nada nos reclama a primera hora, por lo que somos dueños absolutos de nuestro tiempo, lo cual nos permite dedicarnos con morosidad a un pequeño festín que elegiremos con cuidado.

Lo primero que nos preguntamos es cómo tenemos el día: dulce como para reclamamos un aporte de azúcar a tono con el ánimo que exhibimos de buena mañana, o algo más aguerrido, y en este caso la elección será fundamentalmente salada. Incluso puede que nos regalemos las dos opciones y por eso empezaremos con lo salado para concluir con algo goloso. A partir de ahí el diseño de menú es el comienzo de una pequeña celebración personal a la que nos entregamos con la disposición de quien, por alguna razón que se le escapa, recibe un regalo inesperado. ¿Qué otra cosa puede ser este tiempo de relax arrancado a la prisa del tráfigo cotidiano? El día acaba de empezar y la mañana es un lugar cargado de promesas que aún pueden ser posibles. El aroma inconfundible del café se cuele por nuestros sentidos y, desde ese momento, la ceremonia comienza con el ritual íntimo que cada cual utiliza para disfrutar de la primera comida de la jornada. De repente, nos llega otro olor igualmente familiar y maravilloso: las tostadas están listas y con ellas toda una pléyade de mermeladas de distintas texturas, colores y sabores. Cerca está también la pequeña botella de aceite de oliva virgen y la blanca névea de la mantequilla pidiendo ser extendida sobre la rebanada de pan aún caliente. En un cesto de mimbre hay bollos cuyos nombres nos llevan a los días felices de nuestra niñez: suizo, croissant, ensaimada, bayonesa, napolitana... Un ejército de cuerpo blando y dulce espera ser elegido para introducirse en el menú, al igual que otro recipiente, pleno de fruta fresca, nos anima a optar por un golpe de revitalizantes vitaminas deslizándose suavemente por la garganta.

Incluso hay quien elige algo más contundente: huevos, fiambre, salchichas... De vez en cuando nos gusta hacer un desayuno así que, en realidad, es casi un almuerzo adelantado capaz de cargarnos de energía para todo el día. De lo que se trata es de disfrutar y de convertir esos primeros compases de la mañana en una experiencia grata y excepcional al sentirnos dueños absolutos de cada minuto y cada bocado. Después nos

aguardan obligaciones y compromisos, una lista de tareas a las que habremos de hacer frente como cada jornada, pero ahora, en este momento, el tiempo está de nuestro lado y nos pertenece para sentir en el paladar toda suerte de reconfortantes sabores a modo de inesperado homenaje personal.

Los últimos sorbos a la taza de café o de té, son siempre los mejores, porque se revelan como el corolario de un desayuno reposado, tranquilo y plenamente a gusto. Hace mucho, pensamos, que no comenzábamos tan bien el día: una nueva fecha en el calendario en la que el espectáculo de la vida parece estrenarse de nuevo solo para nosotros.

PERDERSE EN UNA PAPELERÍA

Las mejores son las grandes. Esos enormes establecimientos que podemos encontrar en Londres o Nueva York, abiertos como parques de atracciones a cuya llamada sucumbimos *lapicerólogos*, *libretamaniacos*, *rotuladictos* y demás enfermos de todo lo relacionado con la escritura. Somos muchos los que nos reconocemos en esa tentación que supone perderse entre pasillos y estanterías en las que tenemos a nuestra disposición toda suerte de cuadernos, blocs de notas, bolígrafos de diferentes formas y colores, papeles diversos y hallazgos maravillosos, como esos viejos sacapuntas de manivela que tanto asociamos con las clases de nuestra primera educación.

Las papelerías, especialmente las bien surtidas, constituyen un archipiélago al que acudimos muchos de quienes podemos transitar por las instalaciones de un casino sin pensar siquiera en echar mano a la cartera y, sin embargo, nos reconocemos altamente vulnerables ante la oferta de escritura, hasta el punto de ser incapaces de entrar en uno de estos establecimientos sin comprar nada. Da igual lo que tengamos o lo que necesitemos, ante la oferta sucumbimos por una mezcla de belleza y compulsión animada, además, por lo módico de la inversión.

No hay nada más fascinante que un cuaderno por estrenar. En sus páginas en blanco se encierra todo: anotaciones, planes, proyectos, claves que nos han de servir en nuestra vida... Hay un misterio especial en una libreta intacta: rayada, cuadriculada o sin guías para la caligrafía. La disposición de sus hojas y la perfección del alambre ondulado que la arma son la más clara representación de un futuro aún por escribir. ¿Qué anotaremos en ella? Nombres a los que pasados los años no encontraremos sentido, teléfonos que acaso no nos digan nada después de unos pocos meses, ideas para un libro o un trabajo profesional, frases recogidas al vuelo que queremos incorporar a nuestro bagaje vital...

Cada cuaderno es como el cajón de la mesa de un escritorio: un lugar en el que cabe todo y en el que pueden habitar muchos conceptos u objetos juntos, pero sin llegar a mezclarse. Algunos pensamos que existen pocos regalos tan valiosos como un nuevo cuaderno que alguien nos trae del lugar que acaba de visitar. En inglés existe una palabra perfecta: *notebook* (libro de notas), y en nuestra pasión irresistible pensamos que nadie debería vivir cada día sin tener uno bien cerca a modo de brújula o personal cofre del tesoro en el que experimentar el placer de tomar apuntes, anotaciones en las que plasmar el tiempo y el sentido de nuestra propia existencia.

Después de la visita nos contemplamos cargados de objetos que ya tenemos, pero en diferentes presentaciones. En una dura lucha con nosotros mismos hemos sido capaces de desechar algo de lo comprado, pero en compensación descubrimos otra cosa tan atractiva que nos hace imposible no incorporarla a nuestro pequeño botín. Ante la caja vamos depositando ilusionados una colección de pequeños blocs, rotuladores y demás parafernalia papelera, que contemplamos arrobados y queremos trasladar a casa o al hotel en perfectas condiciones, conscientes de la fragilidad de la mercancía. Cuidamos que no se doble la tapa de ningún cuaderno, que ningún objeto de escritura tenga su capuchón abierto... Con todo en la bolsa salimos de la tienda con una satisfacción especial que hace que ese día, o ese viaje, haya merecido ya la pena para nosotros. Sabemos que mucha gente no va a entenderlo. Somos habitantes de un planeta especial y nos reconocemos entre nosotros. Somos aquellos que cavilaremos mucho antes de decidir en qué orden vamos a estrenar los objetos comprados. Una legión universal de adictos a cosas sencillas que nos producen una felicidad incapaz de ser entendida por quienes no comparten la misma pasión.

No nos importa. Antes de la frialdad de una agenda electrónica, siempre preferiremos la calidez de una preciosa libreta de notas en la que depositar secretos, ideas y deseos de futuro, sin temor a que desaparezcan en el ciberespacio impostor que pretende sustituir los sentimientos por la frialdad 2.0

MIRAR POR UN CALEIDOSCOPIO

El mundo, todo el universo, encerrado en un cilindro. Si la primera vez quedamos fascinados por el hechizo de sus constelaciones, ahora todavía nos sigue sorprendiendo cuánta magia cabe en un triángulo alargado de cristal con decenas de papeles de colores en un cono. La propia palabra ya es evocadora de por sí: ca-lei-dos-co-pio. Existen pocos términos tan bellos en el diccionario y que reflejen tan acertadamente la maravillosa obnubilación que producen. El sencillo mecanismo del juguete es toda una metáfora de la vida: un giro que en su recorrido da lugar a realidades siempre distintas que no somos capaces de prever ni de crear a nuestro antojo. El azar, caprichoso, crea las figuras que se revelan, ante los ojos asombrados de quienes las miran, como un hipnótico referente capaz de atrapar la imaginación y hacer volar los sueños.

El primer caleidoscopio que tuvimos era estrecho y rojo, tan simple que se vendía en los quioscos junto a tebeos y golosinas. Luego accedimos a modelos más armados en los que la multiplicación de las formas y colores se producía de forma aún más llamativa. Y también vimos en algunos países modelos sofisticados en los que la tecnología aumentaba la impresión que produce penetrar en un mundo tan desconocido como atrayente. Hay toda una estética caleidoscópica que se ha trasladado desde lo cónico a la realidad como muestra de que las representaciones artísticas se alimentan, como las personas, de percepciones oníricas y alegrías multicolores.

Hace tiempo que no nos asomamos al agujero mágico de un caleidoscopio. Solo cuando algún niño cercano se nos presenta con uno nos sentimos incapaces de ceder a la tentación y terminamos mirando unos minutos la conjunción asombrosa de formas, ya tridimensionales, por mor del paso del tiempo y la modernización de estos maravillosos artefactos. Nos ha ocurrido con frecuencia que al observar absortos la transparencia de fondos y lo variado de la gama cromática que ofrecen, hemos recordado el mundo de las vidrieras que habitan en catedrales de amplios rosetones que parecen cobrar vida con el reflejo de la luz solar. Hasta tal punto lo pensamos que en más de una ocasión hemos tenido la impresión de que esa fascinación viajaba en nuestro bolsillo sin nada que envidiar a las construcciones eclesiásticas. A fin de cuentas nadie ha dicho nunca que un caleidoscopio no pueda ser una pequeña vidriera particular de la que disfrutar en cualquier momento y contra cualquier fuente lumínica. Así que giramos una y otra vez el objeto de nuestra fascinación hasta pasar enredados en su atracción imanente más tiempo

del que hubiéramos imaginado aplicando la costumbre del cálculo real. Y ese es el error: no hay realidad porque el hechizo que nos atrapa es una representación del territorio que solo es posible explorar en sueños o con ayudas tan sencillas como la que tenemos entre los dedos de la mano. Para abstraerse con él se requiere, únicamente, la mirada asombrada y virgen de los niños, además de una visión del mundo sin prejuicios, porque eso es lo que vamos a poder ver en cuanto las flores multicolores se descompongan de nuevo para crear otras figuras. Solo desde la ingenuidad resulta posible entender un espectáculo que, invariablemente, nos recuerda que la belleza y los instantes de felicidad no necesitan más que la voluntad de hacerlos propios para poder ser disfrutados.

PISAR LA NIEVE

Pocas veces se presenta la ciudad tan atractiva y pulcra como cuando lo hace recién nevada. Nos levantamos temprano por la mañana y atisbamos, entre el claroscuro del amanecer, un manto blanco, inmaculado, como si durante la noche alguien hubiera esparcido algodón en calles y plazas que nos sorprenden en una estampa inusual que invita a unirse a ella cuanto antes. Nos apresuramos por ello a ser los primeros en disfrutar de esa imagen virginal en la que la nieve, perfectamente colocada en capas, copo a copo, nos ofrece la tentación irresistible de ser pisada para sentir bajo la suela del calzado la suave resistencia de su textura.

Lo hacíamos de niños y también nos gusta repetirlo ahora: dejar las huellas perfectamente marcadas sobre la nieve intocada. Al hacerlo, nos damos cuenta del grosor de la capa que cubre el territorio de peatones y automóviles, hoy ocupado por el agua helada en copos finos. Lo siguiente es agacharse a coger un buen montón entre las manos enguantadas, sentir en ellas la frágil consistencia de una materia casi etérea con vida tasada en cuanto suban mínimamente las temperaturas. Hacemos una bola y, cuando la tenemos bien presionada, miramos de soslayo a uno y otro lado antes de lanzarla lejos para comprobar su vuelo y estallido sobre algún lugar del asfalto o una farola. Si vamos con alguien sabemos que nuestro acompañante no va a librarse de un bolazo en toda regla, que es lo que toca, por muchas nevadas que hayamos cumplido, y muchos otros sueños evaporados entre tanto.

Ese, sin duda, es el mejor momento de un día con nieve: cuando la limpieza es total y absoluta en la apoteosis del blanco perfecto. Más tarde, cuando las pisadas se multipliquen, los coches rueden y el clima se entibieza, la blancura dejará de ser tal para mostrar señales de suciedad evidente con churretones negros por doquier y aguanieve turbia en las aceras. Por eso es bueno disfrutar en esos primeros compases de una jornada que nos recuerda a las de antaño, cuando no íbamos al colegio y la ciudad entera, o el pueblo en el que vivíamos, se paralizaban por la imposibilidad de transitarlos, cuando no por un aislamiento total ante el que no había más que paciencia y resignación.

No ocurre frecuentemente, por eso la novedad es mayor y más celebrada. Enseguida decimos: «¡Mira, la nieve!» y con esa expresión reclamamos la atención de los más próximos que advierten en nuestro tono de voz el entusiasmo de los viejos tiempos. Lo bueno es que no dejemos de sorprendernos. Nos ocurre también cuando vemos nítidamente el arcoíris y en esos días de nieve en los que, si pudiéramos, rodaríamos por

su acogedora superficie para sentir de cerca el frío vivificante del invierno. Algunos niños, embutidos en anoraks y casi atados con bufandas, intentan hacer algo parecido a un muñeco de nieve, como en las películas americanas, pero aquí no caen los copos como en los territorios conocidos del celuloide y tal cosa se revela como una tarea imposible. Da igual, de todas formas el manto blanco permite jugar, plantear batallas de las que saldrán empapados, como nos ocurría entonces, y comprobar que cada día es diferente al anterior y distinto al siguiente.

A mediodía ya quedan pocas huellas del espectáculo que atisbamos por la ventana. Los restos del naufragio son evidentes. Montañas de sal esparcidas por doquier y la timidez de un sol que brilla a medias, han acabado con el mantel níveo que la noche le puso por sorpresa a la ciudad. Lo que no sabemos es cuándo volveremos a verlo. Los espectáculos más entrañables de nuestro universo personal solo ocurren de vez en cuando: ese es su encanto en la magia helada y blanca de la que están formados.

SENTARSE EN UNA TERRAZA

Es todo un privilegio, algo así como adquirir butaca de platea para, simplemente, ver pasar la vida. Seguro que es algo propio de los países mediterráneos, pero no concebimos una primavera soleada o un día tibio de verano, sin sentarnos en una terraza a tomar algo y comprobar el tránsito de las calles. Se trata de desarrollar la capacidad de observación y fijarse detenidamente en el pulso de la ciudad: unos latidos que cambian según el lugar y la hora del día. Gente con prisa a primera hora, aún sin haber despertado del todo, con el ansía del café y la ropa recién puesta. Rapidez de pasos de estudiantes cargados con libros, quizá en algún curso de verano, y oficinistas que sueñan con las vacaciones y cuentan los días al tiempo que los minutos que les quedan para llegar a su trabajo. Sorprende observar a tantos jóvenes con auriculares, tan inmersos en la música como ajenos a la realidad que les rodea. Es una opción: privarse voluntariamente de un sentido, el del oído, y aislarse de la banda sonora ambiental. Hay quien camina totalmente abstraído y pasa por los sitios sin tener constancia siquiera de ello. Al otro lado, los observadores, saben agudizar sus sentidos para captar lo que pasa y a quienes pasan. Actores y espectadores, como en un teatro callejero cuya representación siempre fluye y, por tanto, nunca es posible repetir.

Una especie muy vista son los hablantes a teléfonos móviles, aparatos invariablemente pegado a sus orejas como apéndices que formaran parte de su propia persona. Es gente que no puede perder el tiempo o no sabe esperar hasta poder conversar con tranquilidad en un momento más propicio. Quizá no saben que el tiempo se gana mirando, aprehendiendo el espectáculo único y fascinante de la vida en movimiento. Los que estamos sentados lo practicamos y conocemos también la posibilidad de disfrutar de un largo rato de tranquila observación a la sombra de un toldo, como si estuviéramos viendo la más atractiva de las películas.

Hay algo de cine ciudadano en las calles. Después del frenesí matutino sobreviene la tranquila actividad de la media mañana que vuelve a acelerarse invariablemente cuando se acerca la hora de comer y todo se pone en marcha de nuevo. Es el momento en el que las terrazas se llenan de conversaciones, entre aperitivos y cervezas, un tiempo compartido en el que la atracción se vuelve del revés y son los transeúntes los que analizan el ambiente y comportamiento de las personas sentadas, como en un teatro invertido. Llega más tarde la hora del café, con su ritmo sosegado de sobremesa y, tras el paréntesis de la tarde, la caída del sol hace bullir las terrazas hasta convertirlas en una

celebración de la vida. Allí en medio, en este oasis urbano y razonable, es posible encontrar la tranquilidad y el disfrute merecido, aunque solo sea de vez en cuando. Y ya, por la noche, otro espíritu muy especial se apodera de estas islas ciudadanas pobladas por insomnes y perezosos con ganas de apurar hasta el último minuto de la jornada.

¡Ah, las terrazas! Desde ellas hemos visto desfilar ciudades enteras en una contemplación morosa de la cotidianidad. En ellas se encierra el alma de los lugares y la cadencia caprichosa de las cosas: un secreto que nos permite entender idiosincrasias y costumbres agazapados en el anonimato público de quienes son capaces de encontrar la felicidad en lugares discretos y accesibles, solo dispuestos a ser encontrados por quienes saben y quieren mirar.

LAS FOTOS DE LA CAJA

Han estado ahí desde siempre. Al menos desde que tenemos memoria. Algunas acusan de manera clara el paso del tiempo, que no deja huella únicamente en las personas, sino también en sus representaciones fotográficas. La vieja caja metálica que un día albergó galletas u otra suerte de dulces, se ha convertido, con el paso de los años, en la memoria colectiva de la familia, el lugar en el que conviven varias generaciones en las que se mezclan los vivos con los ausentes y los niños que un día fueron con los abuelos en los que hoy se han convertido. Justamente de niños era cuando sentíamos una mayor fascinación por escarbar en el contenido del viejo recipiente de metal: tardes de fiebre y mañanas de lluvia ocupadas en la contemplación de una historia que nos pertenecía, aunque no lo supiéramos. La verdad es que no conocíamos a muchos de los personajes que figuraban en los retratos con aire endomingado y sonrisa forzada. Se hacía preciso preguntar a los mayores para identificar quién era cada cual y así, entender la huella genética de la que veníamos a través de una retahíla de tíos, primos y parientes más o menos lejanos.

Alguna vez tuvimos la secreta intención de poner orden en todo aquello. Incluso hicimos el propósito de empezar, manos a la obra, y actualizar el registro gráfico de la familia con determinación propia de bibliotecarios ordenados. Fue inútil. En alguna ocasión empezamos la tarea y llegamos a tener una de aquellas fotos, casi sepia, en las manos para hacerla desaparecer, pero el miedo que precede a la nostalgia nos impidió comenzar el rasgado como si se tratara de una especie de traición al origen doméstico que habitamos. Veíamos imágenes de una niña bellísima en la que debíamos reconocer a una tía abuela a la que nunca llegamos a ver, y otras de un adolescente con expresión ausente al que todavía tenemos cerca en una ancianidad bien llevada. Con todo, lo que más nos gustaba era descubrir el pasado de nuestros padres, a los que siempre suponíamos con su edad actual, y después nuestras propias fotografías de recién nacidos a las que atribuíamos una relación directa con nosotros mismos por una cuestión de fe, ya que resultaba imposible reconocernos en ellas.

Todas las casas y todas las familias tienen una historia. De hecho, todas las personas la tienen y buena parte de su desarrollo se encuentra recogido en cajas similares que habitan cajones, buhardillas o altillos, ignoradas por completo hasta que a alguien se le ocurre la idea de abrirlas para conjurar la presencia de nostalgias recurrentes que reviven especialmente ante la inminencia de aniversarios y fechas señaladas en la memoria

familiar. Y como no somos sino memoria, resulta imposible abstraerse a la atracción de repasar las viejas instantáneas y al posar en ellas los dedos, dejar volar la imaginación de lo que pudo ser un tiempo que ya ha transcurrido para siempre. En ese conjunto, grueso y desgastado, de cartulinas, muchas aún en blanco y negro, aprendimos la respuesta a una de las más importantes y recurrentes cuestiones filosóficas: ¿de dónde venimos? Pronto supimos que era de ahí, de ese conjunto de antepasados, sin los cuales nunca hubiéramos llegado a este mundo que creemos haber estrenado nosotros. Por eso le estamos agradecidos a esa caja, con inevitables abolladuras, en la que se guarda lo más cercano a lo que somos. Un recipiente, apenas atendido, que volverá a ser abierto, inevitablemente, por los más jóvenes de la casa, para mirarse en él como un azogue en el que reconocer la propia y más auténtica dimensión.

OÍR Y DECIR «TE QUIERO»

Es el mejor regalo que alguien nos puede hacer. Cuesta muy poco pronunciarlo, pero, por alguna razón escondida en un pudor mal entendido, no hay muchas personas dispuestas a decirlo, al menos de forma espontánea y sincera. Muchos escritores afirman que si se dedican a la literatura es, simplemente, para que les quieran más. Seguramente todos nos regimos por el mismo anhelo, aunque no lo digamos o ni siquiera hayamos caído en la cuenta de ello. Cuando alguien le dice a otra persona «te quiero» está justificando su presencia en el mundo, otorgándole un rol que encierra lo mejor a lo que se puede aspirar como ser humano. Queremos que nos quieran. Podemos darle mil vueltas a la cuestión, pero siempre sucumbiremos ante el cariño expresado por alguien cercano en cuyo tasado territorio de los afectos hemos conseguido penetrar.

Un proceso de enamoramientos sin las palabras «te quiero» se revela como incomprensible, además de imposible. Dos personas se encuentran, se gustan y se quieren hasta el punto de iniciar un proyecto de vida en común. Tal parece, por tanto, que el territorio de esa locución, algo de lo más sublime que podemos alcanzar en la vida, es, únicamente, algo propio de las relaciones de pareja. Y no es así en absoluto. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que les hemos dicho a nuestros padres que les queremos? Incluso más: ¿se lo hemos dicho alguna vez? ¿Y a nuestros hijos? ¿A los hermanos? ¿A los amigos de verdad? Algunos imbéciles tienden a pensar que no hace falta hacerlo porque es algo que se supone, como el valor en el antiguo servicio militar. Pero el valor, para qué vamos a engañarnos, no se suponía en absoluto, y con los afectos ocurre lo mismo. Si queremos a alguien tenemos que decírselo, y si alguien nos quiere es preciso que también lo haga para que seamos conscientes del mapa real de nuestros afectos.

Curiosamente con el paso del tiempo, a medida que nos vamos haciendo mayores, tenemos menos reparo a expresar los auténticos sentimientos hacia los demás. Llegamos a los cuarenta o a los cincuenta, y es habitual hablar con un amigo de alma al que terminamos diciendo «te quiero» o es él quien nos lo transmite a nosotros. Es una forma de decirse que se está ahí, de verdad y para lo que sea, en los buenos y en los malos momentos: la amistad es afecto, cariño, generosidad y disposición. Parece que a esas edades todo se entiende a la perfección y huelga el pudor cobarde que se da por inexperiencia en los años de juventud. Hay que desconfiar siempre, y en todos los casos, de quienes jamás expresan sus sentimientos de cariño hacia los demás. Si eso ocurre es

porque, con seguridad, son incapaces de albergarlos en su interior y solo encuentran razones para quererse a sí mismos. Se trata de gente despreciable, incapaz de regalar nunca una palabra afectuosa o una sonrisa, individuos peligrosos de cuyo radio de acción conviene escapar cuanto antes para no resultar contaminados por su desapego y su ruindad.

Si nos preguntaran por los «te quiero» más importantes en nuestra vida, seguramente nos referiríamos a los escuchados de boca de nuestros padres, cuando éramos pequeños; a los que oímos de nuestra pareja, cuando nos enamoramos de ella; y a los pronunciados, con media lengua, por nuestros hijos, que nos emocionaron hasta el borde de las lágrimas. Por eso no debe quedarse ahí, como algo archivado en el recuerdo: sin amor resulta imposible vivir y el cariño es el combustible que nos alimenta a diario. Sin él estamos perdidos, así que para encontrarnos tenemos que volver a decírselo y volver a escucharlo por muchos años que hayan pasado. Es lo mejor que podemos dar y lo más sublime que podemos recibir.

Arrumbemos la vergüenza y pongámonos a ello: no de una manera frívola e indiscriminada, sino auténtica, sincera y de verdad. Somos lo que recibimos, y si nunca sembramos expresiones de cariño, difícilmente podremos conocer la felicidad escuchándolas de aquellos que más nos importan.

RECORRER UNA PLAYA

Temprano es el mejor momento. Cuando el sol comienza a apuntar suavemente por el horizonte y la brisa refresca la cara con un viento de menta que, sabemos, durará poco. Es el momento, esa primera hora en la que las máquinas acaban de dejar la arena limpia y ordenada, lista para otra jornada en la que servirá de colchón mineral a miles de cuerpos que buscan en ella descanso, cuando no una molicie a plazo fijo con la que se sueña el resto del año. Todo parece estar en perfecta armonía cuando comenzamos un paseo, un largo recorrido por la orilla dejando que el agua nos moje los pies a cada paso y sintiéndonos, por vez primera en mucho tiempo, en contacto con la naturaleza.

Hablamos de un tiempo nuestro, acaso voluntariamente compartido, pero exclusivo y personal, del que podemos disfrutar plenamente mientras reflexionamos, pensamos o nos dedicamos a observar minuciosamente lo que nos rodea. Hay poca gente aún, lo que convierte la playa en un territorio particular antes de que resulte invadida por mesnadas de bañistas con sombrillas y toallas barriendo toda intimidad posible. Ahora es posible perder la vista en el horizonte y sentir la atracción de los reflejos plateados en el agua que cambia de color en las franjas que nos separan de la línea en la que parece se acaba todo. Si hubiera que definir la belleza o un estado de relax ideal, este sería el escenario en el que nos gustaría perdernos para siempre: un regalo visual que nos fascina y una banda sonora, la de las olas rompiendo, que nos aporta calma y serenidad.

¿Sabemos apreciar el espectáculo que ha comenzado esta mañana para nosotros? Resulta muy triste pensar que hay quien pasa por esta postal minuciosa y armónica casi sin verla, incapaz de reparar en toda la belleza que es capaz de encerrar en su conjunto. No se trata solo de reparar en la diferencia entre mirar y ver. Es algo más, porque a lo que verdaderamente invita una playa así, como ocurre en determinados paisajes de montaña, es a formar parte de ella, a sentirse parte del universo, aunque únicamente sea por un rato, un tiempo acotado en el día en el que podemos sentir la libertad plena de una manera asequible y cercana. Así que nos movemos avanzando sin prisas por la orilla, aprovechando un tiempo en el que otros aún duermen, para respirar profundamente y sentir una carga de energía vital renovadora y plena.

La rugosidad del camino de arena también nos estimula mientras regresamos al punto de partida con las zapatillas de goma en la mano para sentir el contacto frío y vivificante del agua a estas horas. En poco tiempo la tranquilidad desaparecerá al compás de la variación de la marea y solo permitirá como recompensa la sensación de flotar en el

agua, salada, recordando quizá al útero materno, y la caricia impagable del sol hasta secarnos por completo. De los sonidos del mar apenas restarán unos pocos ecos ahogados en un murmullo ininteligible de conversaciones y gritos de niños jugando en la orilla. Los vendedores han hecho su aparición sobre la arena, al igual que mesas y toldos que ocultan la estampa disfrutada hace apenas unas horas. Mañana volveremos temprano, encontraremos de nuevo el paisaje acogedor y grato de la playa en soledad con pequeños barcos en el horizonte y un azul de diversas intensidades mostrándose en todo su esplendor. Es la promesa de futuro en la que nos refugiamos al regresar de un recorrido que nos reconcilia con nosotros mismos y nos aporta una tranquilidad añorada que solo ahora somos capaces de sentir. Nos espera un café y un largo día aún por estrenar. Por si acaso ya hemos disfrutado de una parte de su jornada, al igual que hacíamos de niños con las tartas de cumpleaños o, ya de mayores, con el pico de la barra de pan tras salir de la tahona. Una transgresión necesaria y perfecta que se revela como aliciente imprescindible para vivir cada día.

LA TARDE EN UN HOTEL

Hasta allí nos lleva el sonido magnético del piano que escuchamos a lo lejos como un eco cuyo origen necesitamos descubrir cuanto antes. Al principio son solo notas aisladas, acordes vagamente familiares que van cobrando personalidad y sentido en cuanto les prestamos un poco de atención. Cuando la atracción resulta imposible de evitar, terminamos bajando al vestíbulo —al *lobby*, en los hoteles extranjeros— para disfrutar de un repertorio tan familiar como universal que se interpreta a esa misma hora en establecimientos de todo el mundo. Hay algo eterno en estas ejecuciones, a veces impecables, que se producen en ocasiones a demanda de parte. Alguien se acerca al piano y solicita una canción determinada que se escucha inmediatamente después con la fuerza que produce la vibración del inmenso instrumento. Se trata de algo que nos recuerda a aquellas máquinas en las que elegíamos un disco pulsando dos teclas después de introducir en ellas una moneda. Los *juke-box* prácticamente han desaparecido y las solicitudes de piezas musicales en los hoteles, también. Es un signo de los tiempos aunque no nos guste y tampoco sea síntoma de ninguna modernidad al uso.

Escuchando la perfección de su trabajo nos preguntamos quién será el pianista. Es seguro que guarda una historia curiosa, cuando no fascinante, que está esperando a ser contada. ¿Cómo ha llegado hasta allí? Estudio música y seguramente quiso ser un intérprete destacado de cualquier orquesta sinfónica, pero las circunstancias de la vida le convirtieron en solista de vestíbulo y en él desarrolla su trabajo con una dignidad necesaria e intachable. Sin su piano de cola y su conocido repertorio de canciones eternas, una tarde-noche en un hotel no tendría sentido. Al menos si hablamos de un hotel clásico, no de uno de esos establecimientos tan funcionales como impersonales. Antes de la cena es el momento perfecto para el relax en un cómodo sillón o un sofá mullido y acogedor mientras tomamos una copa y escuchamos el sonido inconfundible del piano de hotel que es distinto a cualquier otro. Miramos a nuestro alrededor y jugamos a imaginarnos las circunstancias vitales del resto de personas que ocupan el improvisado patio de butacas frente al pianista. Debe haber hombres de negocios que apuran un combinado después de un largo día de trabajo en el que quizá han cerrado un trato providencial para su empresa. Hay también parejas, algunas de las cuales seguramente viven la taquicardia de las primeras citas clandestinas. Y también, cómo no, gente que espera, que es el género más numeroso en el *hall* de cualquier hotel. Personas que miran el reloj de soslayo y aguardan con una actitud profesional y experimentada.

Para todas ellas toca el hombre de piano, imperturbable en su banqueta y en su expresión de ojos cansados tras ver el mundo cada tarde durante más años de los que nadie puede imaginar.

Sin duda, este es el momento más grato del día para disfrutar de un hotel: un tiempo que parece tocado por un estado especial de gracia hasta que la noche sea una realidad plena y todo vuelva a transformarse de nuevo. Una isla urbana y acogedora a la que acuden todos los náufragos emocionales que necesitan la salvación de un trago en solitario o compartido, acompañado de una conversación que les dibuje los límites precisos de la realidad que habitan. Rodeando el conjunto, una atmósfera especial de prestancia antigua cobra valor en lo tradicional de su propuesta: gruesas alfombras, grandes cortinajes, camareros de esmerados modales, cristalería tan fina que hace que las copas sepan diferentes en ella y el piano... Resulta imposible sustraerse a este oasis en medio del tráfico de la ciudad. Cuando todo fuera se torna complicado, siempre es posible encontrar un espacio eficaz en que aislarse y encontrarse bien mecidos por melodías nacidas para hacer feliz a la gente, justamente, en tardes como estas.

ESCUCHAR LA RADIO

El sonido, primero metálico y ahora, perfecto, nos acompaña desde siempre: es inútil buscar recuerdos infantiles de juegos domésticos sin el sonsonete alegre de la radio iluminando las principales estancias de la casa. Eran aparatos aparatosos, incluso rudimentarios en sus posibilidades de calidad técnica, pero rindieron un servicio impagable en unos tiempos en los que aquellas emisiones eran la única ventana abierta al mundo de la que disponíamos en un país necesitado de vida y de color. En la memoria tenemos grabados tonos inconfundibles de voces impostadas que anunciaban programas de discos dedicados, productos de todo tipo y, por supuesto, una retahíla de seriales que ocupaba toda la tarde y ante cuya emisión nuestras madres mostraban un interés inusitado.

Ya de adolescentes descubrimos la maravilla del transistor y la posibilidad de escuchar nítidamente señales emitidas en modulación de frecuencia. La música nos vino a salvar y en aquellos receptores pequeños y manejables empeñamos parte de nuestro mejor tiempo: el de los exámenes, los primeros amores y las amistades más auténticas. La radio fiel compañera de día y de noche en la que descubríamos una vocación aventurera y cosmopolita por mor de los discos que implantaron un cambio estético y cultural profundo en los gustos de la gente. No se entiende un viaje en coche sin la compañía dulce de la radio ni una larga convalecencia hospitalaria o una noche en vela de estudio, guardia o trabajo. La radio es compañía, una presencia amable y cercana que nos conforta y con la que nunca estamos solos.

Muchas veces les hemos puesto cara a las voces que llegan misteriosamente a nuestro receptor. Imaginamos cómo son las personas que nos hablan, presentan las novedades musicales o nos informan de las últimas noticias, mientras nos disponemos a estrenar el día por las mañanas. La decepción resulta siempre inevitable cuando se desvela el secreto y tenemos constancia morfológica de los locutores a los que admiramos. No se trata de que no nos gusten, simplemente es que no nos lo imaginábamos así. Ni la complexión física ni los rasgos faciales encajan con la imagen preconcebida que teníamos en mente. Solo el lento transcurrir del tiempo permite una transformación de esa primera impresión hasta que se produce la unión de la realidad con lo figurado y ya no nos extraña que todo pertenezca a la misma persona.

Cuando volvemos de un viaje lejano, el sonido de la radio en el taxi que tomamos en el aeropuerto nos dice claramente que ya estamos en casa, más incluso que el paisaje familiar que atisbamos desde la ventanilla del vehículo. Es la felicidad de sentirnos en territorio propio, acompañados e informados, que nos produce un pequeño y sencillo aparato del que no es posible prescindir sin quedar aislado del mundo que nos rodea. La radio, a fin de cuentas, no morirá nunca, porque jamás entenderemos —por mucho que nos lo expliquen— la magia de las señales transportadas por el éter y aquella fascinación maravillosa que sentimos un día ante un viejo aparato de válvulas en cuyo dial podíamos leer los nombres de países y ciudades que acaso no conocíamos y que estaban a nuestro alcance con solo girar un botón del aparato. La verdad es que hoy, todavía, nos asombramos ante un milagro cotidiano que convierte el aire en gozosos momentos de disfrute.

PERMISO PARA EQUIVOCARSE

No nos permitimos un solo fallo. Por algún motivo inexplicable nos educaron para ser perfectos y en esa ansia hemos naufragado en muchas más ocasiones de las que somos capaces de recordar. Ocurre igual con la necesidad reprimida de mostrar los sentimientos, considerada un síntoma absurdo de debilidad. Confundidos en un mundo irreal y equivocado, nos negamos la posibilidad de tropezar y consideramos la maravillosa oportunidad de levantarnos de nuevo como una humillación por la que no estamos dispuestos a pasar. Deberíamos darnos permiso a nosotros mismos para ser, sentir y comportarnos como lo que somos: seres humanos, frágiles y vulnerables que navegan perdidos en un terreno pantanoso de incertidumbre que nos sobrepasa al no ofrecernos respuesta a los múltiples problemas que nos desasosiegan día a día.

Tememos al fracaso, cuando se trata de una experiencia vital tan inevitable como enriquecedora. Al aceptar la derrota estamos poniendo las bases imprescindibles para alcanzar el éxito, aunque nos queramos tan poco que no perdonemos la posibilidad de quedar muy lejos del objetivo propuesto. La madurez nos lleva al aprendizaje de la realidad limitada que habitamos y, por ello, es preciso dejar de negar los errores y abrir la puerta a las emociones positivas en las que podemos ser mucho más felices. A fin de cuentas el primer paso para poder sentirse así es asumir la realidad y saber disfrutar con casi todo. La tarea es ardua porque se trata de comprender que la felicidad no es la consecución de un triunfo, sino el camino que nos llevará a lograr esa meta. Una actitud mental que podemos articular solo si somos suficientemente generosos para ello.

Cuántas veces después de llorar nos hemos sentido mejor, y qué disparate aguantarse las lágrimas o intentar mostrar, sin conseguirlo, una imperturbabilidad impostada en la que tratamos de enmascarar el verdadero estado de los sentimientos. Para disfrutar de la vida y acercarse mínimamente a la línea roja de la felicidad resulta imprescindible concederse autorización para equivocarnos, aceptar que somos humanos y, lo más difícil de todo, perdonarnos. Somos tan intolerantes con nosotros mismos que difícilmente vamos a encontrar nunca la armonía necesaria para vivir en paz. Si no dejamos que nadie introduzca amargura en nuestro corazón, si tampoco nosotros nos inoculamos ese veneno y somos capaces de absolvernos cuando fracasamos y cometemos errores, estaremos en disposición de poder disfrutar de la vida, de sus pequeñas cosas, de aquello que no cuesta dinero y solo espera ser descubierto para aportarnos felicidad. No se trata de creencias, ni de religiones, sino de sentido común y

sabiduría. Nunca nadie nos enseñó a vivir: ese es el gran error de la educación que recibimos. Y se trata de una tarea apasionante, de un oficio en toda regla, que nunca acabamos de aprender del todo.

Reconciliémonos con nosotros mismos, aceptémonos como somos y dediquemos atención a aprobarnos como seres humanos con nuestra caterva de errores, equivocaciones, fallos y fracasos. Acaso sea lo mejor que podemos hacer en lugar de enredarnos permanentemente en el dédalo tramposo que nunca jamás conduce a la perfección.

REENCUENTROS EN EL AEROPUERTO

Miramos la puerta 6 y la imagen que vemos nos recuerda la oscuridad de un cine y la película *Love Actually*. Era un aeropuerto, igual que este, y, al igual que ocurre ahora mismo ante nuestros ojos, decenas de personas se abrazaban en la alegría de un reencuentro quizá demorado largo tiempo. Imaginamos cuántas horas de espera consumidas hasta llegar a este momento. Los últimos minutos transcurren, cómo no, con la vista clavada en la puerta por la que las pantallas han anunciado la llegada del vuelo esperado. Resulta curioso ese constante abrir y cerrar de puertas automáticas a modo de telón tras el que los más impacientes pretenden atisbar la silueta de sus seres queridos. Hay algo de representación en ello, sin embargo, la puesta en escena es tan espontánea que habla claramente de la autenticidad de la situación.

En realidad, en los aeropuertos, como si fueran una metáfora de la vida, hay dos mundos definidos: el de la alegría, representado en el escenario de la puerta de llegadas y el de la tristeza, asentado en las puertas de embarque. Si la primera alimenta una esperanza de besos y momentos compartidos, la segunda es el anuncio de que ambas cosas no van a producirse en un futuro más o menos lejano, quizá incluso insoportablemente largo. Las despedidas están acompañadas de lágrimas tristes (también las hay alegres) y un nudo en la garganta que, de paso, atrapa al corazón. En términos ortográficos es un brutal punto y aparte con el que termina un párrafo vital, un periodo del que solo se recuerdan los buenos momentos y al que se teme no regresar jamás. Vemos abatimiento y desolación, llantos y abrazos derrumbados, palabras casi ininteligibles ahogadas en la garganta y besos apretados, como únicamente se dan a quien se cree que no va a regresar jamás. Y de alguna forma es así, porque nunca se retorna de la misma manera y el sentimiento de ausencia y orfandad que deja alguien querido constituye un hueco imposible de llenar, aunque luego la vida demuestre que todos los desgarros se suavizan con el paso del tiempo.

En el otro lado del aeropuerto la vida parece feliz y maravillosa: la expectativa de reencontrarnos con alguien nos predispone a verlo todo distinto y permite sentir el cálido abrazo de la felicidad a punto de estallar. ¡Hemos deseado tanto este momento! Durante muchas noches pensamos las palabras a pronunciar y los detalles que estarían preparados para la acogida. Ahora, contemplando a los demás, esperamos plenos de ilusión nuestro

momento y sabemos que todo será más cálido y acogedor tras conjurar la melodía gris de la ausencia. Estamos en el ámbito perfecto de la alegría, un lugar dichoso, acotado en la mente y en la realidad, en el que solo la sonrisa parece tener asiento.

Nerviosos miramos de nuevo las pantallas que ya nos indican que el avión que aguardamos está *en tierra*. Vivimos algo inexorable, una felicidad pequeña y confortable con plazo fijo de aparición en nuestras vidas: solo el tiempo que tarden los pasajeros en desembarcar y en recoger los equipajes de las cintas transportadoras. Pasados unos minutos vemos salir a gente por las puertas correderas y queremos pensar que se trata de pasajeros del mismo vuelo, quizá viajeros sin equipaje, para lo que intentamos encontrar algún elemento que permita dar pábulo a nuestra teoría. A continuación ya vemos a personas con voluminosas maletas de ruedas. El momento está a punto de producirse. Es la situación perfecta, alimentada por cariño y esperanza, sin que nada deforme la expectativa que depositamos en ella. Un instante alimentado de intangibles y expectativas. Dos segundos y ya nos toca... Los mismos abrazos de la película, las mismas lágrimas de alegría, idéntica emoción... Decididamente, la vida, a veces, imita al cine para permitirnos protagonizar escenas que le otorgan una ternura sin la cual resultaría muy difícil, sino imposible, habitarla.

COLONIALES Y ULTRAMARINOS

Nadie puede decir que no sea una delicia pasear al atardecer por el lugar de vacaciones y toparse de pronto con una tienda típica por la que no ha pasado el tiempo, un lugar en el que todo parece estar igual que siempre atendida por un dependiente igualmente intemporal hasta en su atuendo de guardapolvos azul. Lo mejor, a pesar de todo, es el rótulo del exterior, un cartel que atesora un sol de años en el que puede leerse con letras algo desvaídas: *Coloniales y ultramarinos*. Hacía tanto que no nos encontrábamos con esa expresión que una alegría, acaso poco explicable, se ha aposentado en el recuerdo personal como si el anacronismo nos devolviera muy atrás y muy lejos.

Nos mandaban nuestras madres a la tienda de ultramarinos a comprar fideos entrefinos al peso, que nos servían en una inolvidable bolsa de papel de estraza, o aceite, con una botella que nos rellenaban de una máquina fascinante con manivela, o huevos, para lo que llevábamos una especie de pequeño maletín azul claro con la forma perfecta para alojarlos. También nos encargábamos, a veces, de surtir la despensa de vino a granel para cocinar e incluso coñac de barril para condimentar los guisos. Aquel era un universo de olores definidos, acogedores y gratos, en el que se exhibían los víveres acompañados invariablemente de rudimentarios carteles con el precio escrito a mano. Y luego estaba el nombre: ultramarinos, evocaba a productos traídos de muy lejos, viandas que habían sido trasladadas en barcos que imaginábamos grandes y con enormes velas hasta llegar a nosotros. Entonces, ahora lo sabemos bien, no caducaban los alimentos ni tenían ninguna fecha de consumo preferente, simplemente existían, como las descomunales latas de sardinas o escabeche de bonito de las que salían bocadillos que alegraban tardes de meriendas o iluminaban cualquier día gris para convertirlo en celebración de gala. Tales eran aquellos tiempos en los que los tenderos conocían a cada cliente por su nombre y sabían de sus gustos y preferencias. Mientras se esperaba turno se hablaba de las familias, especialmente de los hijos, muchos de los cuales se encontraban en la emigración, lejos como la supuesta procedencia de todo lo que teníamos a mano en un bazar gastronómico atractivo y succulento.

La otra palabra: coloniales, resultaba igualmente evocadora: ¿de qué colonias procedería todo lo que allí se vendía? Es más, ¿había colonias o se trataba de una rémora dulce y comprensiva con un pasado inexistente? Daba igual, la fascinación era la misma y por eso, al reencontrarnos con un mundo familiar al que creíamos fuera de la realidad, se

ha producido un chispazo emocional que nos alegra por lo que tiene de recuperación de lo auténtico, de aquello que formó parte de nuestra vida y que, afortunadamente, aún permanece como testigo de todo lo que fue.

Han cambiado los productos. Constatamos que las latas ya tienen fecha de caducidad y que la vieja máquina de despachar aceite ha desaparecido en cumplimiento de las nuevas normas y se ha convertido en media docena de marcas casi idénticamente etiquetadas. Todo es más higiénico, sin duda, pero también mucho más aséptico e impersonal. De momento sobrevive el nombre y pensamos, sin quererlo, en lo que ocurrirá el día que el dependiente de guardapolvos azul deje de acudir cada mañana a insuflar vida a este homenaje a la honestidad comestible. Alguien pondrá, quizá, un neón en la fachada y convertirá la vieja tienda en un establecimiento insípido y vulgar. Estamos asistiendo, y lo sabemos, a los últimos tiempos de un local de ultramarinos. En la tristeza de un futuro constatable nos asoma de repente un punto de rebeldía. Por un momento nos vemos impulsados en acercarnos al mostrador de mármol, rayado y maltrecho, y pedir un cuarto de kilo de fideos entrefinos. Algo nos hace desistir: los paquetes perfectamente envueltos en nítidos plásticos transparentes, indican que el tiempo es otro y que, al igual que los niños no vienen de París, los comestibles tampoco proceden, ni han procedido nunca, de ningún lugar remoto más allá de los mares. Una pena.

CUMPLIR AÑOS

Nos dejamos mimar en días contados como este. Un cumpleaños es una celebración de la vida en la que todo parece estarnos permitido. Recibimos el cariño de los próximos, y no estaría mal que también el propio que es, en muchas ocasiones, el que más escasea. Un día así en el calendario de hace tiempo ocupamos plaza en la vida y desde entonces no hemos dejado de evolucionar ni un solo momento. Hay fiesta, y abrazos, y buenas palabras de todos... ¿Puede existir algo mejor que saber que otros agradecen que estemos aquí? Escuchamos «felicidades» e interpretamos que la palabra nos da la enhorabuena por haber llegado hasta este punto, por estar vivos y poderlo contar. La vida comienza cada año en esa precisa fecha en la que nos convertimos en protagonistas de una jornada que parece hecha a nuestra medida y existir solo para nosotros.

Decididamente, nos gusta que llegue nuestro cumpleaños: un día en el que volvemos a nacer con la experiencia acumulada de toda una vida de aprendizaje alegrías y desengaños. Casi no nos hemos dado cuenta y ya nos vemos con una nueva edad, como si los doce meses transcurridos hubieran sido tan solo un instante. Nos asombramos de la velocidad a la que se desarrolla nuestra aventura vital e incluso pensamos que ha sufrido una cierta aceleración en los últimos tiempos. Todo es posible y, sin embargo, sabemos que tal cosa no es real. La percepción cambia con el paso de los años y por eso notamos que el discurrir de los meses ha perdido la elasticidad que antes parecía hacerlos durar más. Es, otra vez, la vieja enseñanza de Bergson, cuando distinguía entre la duración real y la medida.

El caso es que es una bendición cumplir años: una celebración, primero íntima y después colectiva, que nos renueva para hacernos caer en la cuenta de nuestro lugar en el mundo. Una oportunidad de dar gracias a la vida por haber llegado hasta aquí, por abrir los ojos y contemplar a diario el espectáculo de la mañana, cuando todo parece estrenarse para nosotros. Decimos que cumplimos años, pero en realidad vamos cumpliendo otras muchas cosas: sueños, proyectos, amores, películas, libros, experiencias compartidas... El camino tiene un final que, afortunadamente, no conocemos y mientras tanto lo importante es dejar una pequeña huella de nuestro paso, casi en prácticas, por un universo que habitamos pero que nunca podemos poseer del

todo. El oficio de vivir es una tarea de realquilados, de temporeros que se afanen en ser mejores porque esa es la única aspiración que merece la pena y el principal ejemplo que podemos legar a nuestros hijos.

No entendemos, por eso, a quienes viven la fecha recurrente de su nacimiento como un drama. Negar la realidad se convierte en un empeño inútil que nos impide disfrutar de lo mejor que tenemos: un bagaje propio, una huella indeleble nacida de vivencias personales que nos marcan como seres únicos. No se puede huir de lo inexorable y menos de la evidencia de ser y existir: un milagro del que nunca terminamos de ser conscientes del todo.

Dicen que en los cumpleaños se pueden pedir deseos. No sabemos si van a cumplirse, pero ante la incertidumbre no renunciamos y acariciamos sueños como objetos preciados que imaginamos con la ilusión de verlos cumplidos que es, a fin de cuentas, la propia ilusión por vivir. El año que viene, tal día como hoy, volveremos a encontrarnos con nosotros mismos. Queda un camino de doce meses que se nos antoja largo y, sin embargo, pasará de nuevo como un soplo. La vida por delante nos espera... Feliz cumpleaños.

MIENTRAS LA CIUDAD DUERME

Nos vemos paseando inopinadamente por la cara B de la ciudad, el envés urbano de todo lo que vemos a diario que, a la luz matizada de las farolas, adquiere una calidad impostada, casi de tarjeta publicitaria, alimentada por el misterio que aportan las deshoras. Una cosa es atravesar las calles en coche a toda velocidad cuando regresamos a casa de un trabajo tardío o una cena, y otra, la posibilidad de sentirnos parte del alma nocturna de la urbe, transitando tranquilamente por avenidas y plazas que tienen un alma distinta según el lugar en el que nos encontremos. Nuestras ciudades tienden a ofrecer una imagen austera y recatada en el tiempo que precede al amanecer. La disposición del alumbrado y el silencio de diario invitan a recogerse o a montar guardia en algunos lugares que exhiben un cierto aire de transgresión a las costumbres. Los fines de semana es posible, sin embargo, darse de bruces con otro escenario al que parece que le han insuflado vida y ganas de apurar la noche hasta el alba. Un bullicio compartido por ciertas zonas indica que mientras unos duermen hay gente dispuesta a disfrutar de las posibilidades misteriosas y atractivas de la nocturnidad.

Recordamos otros paisajes de lugares donde el paréntesis entre dos luces se encuentra iluminado por una ebriedad multicolor de neón que parece tener música. Plazas de Nueva York o inmensas avenidas inabarcables de Tokio, son toda una invitación irresistible al insomnio en el que resulta imposible no sentirse acompañado aunque se camine solo. Echamos ahora de menos esa apoteosis cosmopolita mientras vivimos otra noche, otro ámbito que comparte con los anteriores la magia propia de la oscuridad quebrantada. Es un tiempo en el que los relojes parecen detenerse y la sinceridad aflora en las conversaciones ayudada por la calma y el alcohol. La noche es territorio de confidencias y verdades que parecen mitigadas por la irrealidad de unas horas que pertenecen al sueño. Terreno preparado para los amantes en el que todas las palabras cobran sentido y todas las promesas alimentan una ilusión para vivir. De pronto nos convertimos en observadores curiosos de un paisaje inusual que nos sorprende con un magnetismo hipnótico al que nos rendimos al tiempo que percibimos un mundo diferente que parece esfumarse con la salida del sol. Por eso todo adquiere una apariencia de fragilidad bajo la luz eléctrica tan diferente de la iluminación diurna e incluso de la que proporcionan las estrellas en conjunción con la luna en noches inolvidables de verano junto al mar con el agua colaborando en los efectos especiales de una larga velada tibia y acogedora. Por ser distinta, la noche hasta tiene un perfume

diferente según el lugar en la que la vivamos: hay un aroma de aire libre que penetra en los sentidos hasta confundirlos, un olor de playa, otro de montaña y luego está la vaharada acre de algunos locales cerrados en los que las botellas cerradas parecen transmitir al ambiente algo de la esencia añeja que llevan dentro.

No es mala cosa saber disfrutar la noche, sentir su llamada invariable, siempre repetida, que descubrimos episódicamente en paseos imprevistos que invitan a demorar los pasos y abrir los sentidos a un mundo que se nos revela de vez en cuando para vivir de otra manera: lenta y pausadamente, absorbiendo el misterio que encierra el lugar en el que cada día coinciden todas las encrucijadas. Almas nocturnas que navegan entre confianzas, conversaciones y tragos, que convierten en más humanos a los habitantes de un lugar en que todos los anhelos son posibles y contra el que se han estrellado más ilusiones que promesas. Lo malo de la noche, pensamos, es su fugacidad, su muerte a plazo fijo con el despuntar del sol detrás de cualquier construcción o paisaje natural. Ese es el farallón contra el que naufragan las realidades simplemente imaginadas, la frontera que marca el final de las vidas paralelas que alguna vez vivimos para ser mejores mientras la ciudad, simplemente, duerme.

ALGO DE SUERTE

No le pedimos a la vida toda la suerte. Nos conformamos, y de qué manera, con tener acceso a una parte de esa bolsa aleatoria y universal que nos permita una cierta tranquilidad en la aventura plena de incertidumbres que es vivir. No le demos más vueltas, la humanidad se divide en dos grandes grupos: los que tienen suerte y los que no. Los ejemplos son tan claros que nos irritan quienes afirman como un mantra que la suerte se la fabrica cada cual. Una cosa es la orientación de la propia vida a partir de un mínimo de elementos que la hacen posible y otra intentarlo sin nada. Aquellos que carecen de lo más elemental, que no tienen agua, ni acceso a alimentos, ni educación, ni vivienda; son víctimas claras de la ausencia de una fortuna mínima que a otros si les ha correspondido, muchas veces en exceso, en un azar tan insoportable como injusto. Sabemos que muchas personas en condiciones vitales severamente adversas son capaces de ser felices, pero es cierto que teniendo un mínimo de necesidades cubiertas el acceso a la felicidad es más comfortable y también más fácil. Por eso le pedimos a la vida algo de suerte: la necesaria para poder alcanzar nuestros objetivos vitales con esfuerzo, la dosis justa que permite transitar por los días sin la angustia de no saber qué va a ser de nosotros y de los nuestros.

Es caprichoso el azar. Sin buscarlo, hemos llegado a alcanzar situaciones personales que ni siquiera nos habíamos propuesto. Un golpe de fortuna, una caricia leve y acogedora de la vida, nos besa en la boca y, sin más mérito que otros, somos impulsados mucho más lejos. Por el contrario, un golpe seco nos derrumba en ocasiones sin que el castigo sea justo ni hayamos hecho nada que implique vernos en esa negativa situación. Todo es cuestión de suerte y hemos aprendido que en la experiencia vital de cada uno de nosotros se encuentran momentos capitales, quizá los más importantes, en los que la causalidad ha determinado su desarrollo. Sin suerte, sin algo de fortuna, resulta imposible vivir y la buena o la mala suerte implican en muchas ocasiones algo tan impresionante como que una persona se salve y otra muera en circunstancias similares. Que la balanza se incline a un lado o a otro, sin que podamos hacer nada para mover el fiel.

Bien pensado, somos una consecuencia absoluta del azar: el lugar y el momento en qué hemos nacido, el entorno familiar que nos acoge, la casa en la que vivimos, el lugar en el que estudiamos, la situación económica que nos rodea, la pareja a la que conocemos primero y elegimos después... Por mucho que queramos controlarlo todo, y mira que lo intentamos, hay una potente carga aleatoria en lo que nos pasa. Vivimos bajo

la influencia del principio de incertidumbre y para conjurarla necesitamos una mínima alianza con eso que llamamos suerte. Lo positivo y lo negativo ocurre inesperadamente y de forma rápida. Un simple giro del destino, eso es: una leve modificación de rumbo desde el timón al que no tenemos acceso nos condiciona de una forma determinante y definitiva.

Desde el principio de los tiempos el hombre siempre ha querido controlar su futuro, ser capaz de actuar eficazmente para conducirlo hacia objetivos determinados, de ahí el papel que han jugado toda suerte de adivinos, quiromantes, arúspices y sibilas, en esfuerzos vanos pero enormemente influyentes. Sabemos que es la segunda aspiración universal después de la búsqueda del elixir de la eterna juventud. Y en el fondo ambos empeños vienen a confluír en lo mismo, la lucha desesperada por decidir sobre lo inexorable. Así que, de forma humilde, aspiramos a muy poco, solo a aquello que es capaz de ser formulado sin quebrantar ninguna ley universal: un poco de suerte en el camino, una caricia de cuando en cuando, un guiño cómplice de la existencia. No mucho, solo en su justa medida, la suficiente para notarla y para ser conscientes de que lo que somos y los objetivos que hemos cumplido, no se deben únicamente a nosotros, sino a un elemento intangible y escurridizo sin el cual no lo hubiéramos conseguido.

Todos, en alguna medida, podemos contar aquello que otros como nosotros no superaron: una enfermedad, un problema grave, un traspies casi mortal... Agradecidos a la suerte pedimos que no nos falte. Aunque solo sea un poco. Lo suficiente para descubrir que, al final, la felicidad se esconde en todas y cada una de las pequeñas cosas que tenemos alrededor, aunque de forma torpe e inexplicable no seamos conscientes de ello enredados en tareas imposibles que nos distraen de la tarea fascinante y aleatoria de vivir.

REÍR CON ALGUIEN

¿Vale la pena la vida sin una sonrisa? Seguro que no, aunque en ocasiones resulte muy difícil esbozarla, tanto que incluso tememos que salga en su lugar una mueca fría e impostada. La risa verdadera, la que merece la pena, fluye libremente desde las comisuras de los labios y los ojos hacia otro, siempre hacia alguien, porque hacerlo en solitario carece de verdadero sentido. Alguna vez que nos hemos sorprendido riéndonos solos nos ha parecido algo impropio e innecesario, como malgastar una fuerza poderosa sin que nadie se erija como destinatario de la alegría que únicamente se completa si es compartida. Lo mejor, pensamos, es reír con alguien, tener un cómplice cercano con quien exteriorizar una defensa positiva para protegernos de lo que tenemos alrededor. No se trata de hacerlo de manera estúpida, sino de utilizar la sonrisa como un arma de defensa personal a modo de barrera para proteger los sentimientos, una forma de distanciamiento capaz de conjurar los muchos zarpazos del destino contra los que tenemos que luchar de forma ineluctable e irremediable.

No hay nada mejor que la risa en compañía: es entonces cuando adquiere su verdadero significado en una dimensión perfecta en la que se comparte lo mejor de la existencia porque sin esa explosión franca de alegría los reveses del día a día se nos harían insoportables. Y además, es lo mejor que podemos dar de nosotros mismos: cuando alguien nos regala una sonrisa ofrece lo más auténtico de lo que posee como persona, una invitación amable a la amistad, un tender la mano con los ojos que nos conforta y hace este mundo más habitable y humano. En sentido contrario, desconfiamos de la gente que nunca ríe. No de aquellos que sufren angustia por la pesada losa que tienen que soportar, ni de quienes han agotado ya de forma terrible el saco de sus manifestaciones de júbilo por muy livianas que sean. Lo inquietante es ese conjunto de personas a las que les va bien en la vida y han hecho gala de un rictus de seriedad perenne en busca de una solemnidad estúpida y atrabiliaria. No se es más importante por el rechazo a exhibir determinados sentimientos, seguramente ocurre que este tipo de almas son incapaces de albergar una dosis de alegría para destinársela a otro. Para estos lindos quien ríe siempre resulta sospechoso de algo, ¿por qué sonrío? piensan para sus adentros cuando se encuentran con alguien que lo hace. En su submundo de ínfima calidad personal no es posible buscar retazos de humanidad en forma de gesto agradable,

por eso no conviene perder el tiempo con ellos y si dejar que se regodeen en la negatividad que portan como un estandarte antiguo, patético y ridículo, como su propia actitud.

Quienes ríen nos alegran la vida y nos contagian un optimismo que, incluso en las situaciones más adversas, permite sobrevivir y no enterrar la esperanza. Hay personas especialmente alegres, seres angélicos que parecen nacidos para hacer mejor el pequeño mundo que comparten con los demás y cuya bendita actitud nunca dejaremos de agradecer. A ser positivo se aprende, pero la sonrisa viene de fábrica como algunos extras de los automóviles. Dicen los médicos que quienes lo hacen con regularidad tienen mejor salud y más posibilidades de recuperación en caso de sufrir una enfermedad. Existen especialistas en risoterapia y estudios científicos que avalan las bondades de reír cada jornada, más que nada para no perder el día. La risa es como la lluvia que alimenta el césped sentimental de las personas, y al igual que la hierba reclama ser permanentemente cortada y regada, es preciso insistir en este ejercicio facial que es todo un espejo del interior de cada cual. Liberar endorfinas, sentirse mejor y encarar la realidad de una forma más positiva, no es, con todo, lo único que la risa puede hacer por nosotros. Lo mejor es sentirnos reflejados en la risa de alguien que nos enriquece y nos hace mejores personas. Solo por eso ya merece la pena intentarlo: ¿una sonrisa...?

EL PRIMER BAÑO DEL VERANO

Llega cada año como una promesa desbordante de vida. Tal parece que una fuerza plena de alegría nos invade poniendo fin con su fortaleza a la tristeza de un largo tiempo de frío y oscuridad. Como una continuación de algún ayer que siempre recordamos mejor de lo que fue, volvemos a encontrarnos con paisajes domésticos de estío a los que despertamos de su sueño para recuperar ese conjunto, casi mágico, de sensaciones con las que vestimos cada verano. Ha llegado el sol de verdad, el tiempo caluroso que invita a pasar horas en la calle y a refrescarse con un baño que ya deseábamos desde hacía demasiado tiempo. Por algún fenómeno de evocación vívida, un instante antes de entrar en contacto con el agua, sentimos a la perfección lo que va a pasar, como si nuestra última experiencia no correspondiera ya a un año atrás en el calendario. El primer impacto siempre nos resulta frío y esperanzador, el prólogo resuelto del mejor tiempo que podemos vivir, como si en él se encerrara algo de lo mejor que somos. Y es así, exactamente: recordamos veranos iniciáticos cargados de vivencias, tiempos demorados a otro ritmo vital en los que atesoramos algunos de los más gratos recuerdos de nuestra vida. Casi podríamos medir los años por veranos, porque por alguna razón encerrada en su propia concepción, han sido épocas en las que más hemos crecido como personas y de las que guardamos más nítidas imágenes en la memoria.

Es un tiempo de color y una explosión de los sentidos. Todo parece cobrar otra dimensión, menos adusta y más confortable, envuelta en la pereza estacional de cada año. Aprovechamos la luz que retrasa la noche como una invitación permanente a la actividad, a prolongar la sensación plenamente consciente de vivir. Nos damos el primer baño de cada año y advertimos en la piel la caricia traicionera del sol cuyo primer contacto resulta casi pecaminoso por lo que tiene de agradable e irresistible. El agua, la sal, la arena de la playa, el olor acogedor de la brea mezclado entre la brisa... Algo nos impulsa a aprovechar cada minuto de una forma apasionada y a disfrutar de un escenario amable que permite todas las posibilidades que el resto del tiempo parecen esfumarse entre la nube gris de la lluvia y el frío. Tumbados en la orilla escuchamos con los ojos cerrados el sonido inconfundible de la playa: un murmullo altisonante de gritos y juegos que parece configurarse como la misma banda sonora de la alegría. Hace algunos años, éramos nosotros los chiquillos gritones que no podíamos esperar el tiempo preceptivo de la digestión para bañarnos, y siempre estábamos dispuestos a lanzarnos a un agua que jamás sentíamos fría. Una de las muestras inexorables del paso del tiempo es la

prevención con la que ahora entramos en el mar, desde la orilla, despacio, temiendo cada avance y aclimatándonos demasiado lentamente a una temperatura de la que ya tenemos plena consciencia. Ahora somos nosotros quienes advertimos a nuestros hijos de la hora del baño y los que nos sorprendemos diciéndoles que no avancen nadando demasiado lejos. Los papeles se repiten en un ciclo vital tan antiguo como el mundo que no somos capaces de asumir hasta que la realidad nos coloca un espejo de frente en el que tratamos de descubrir, sin conseguirlo, la estampa habitual de nuestros lejanos veranos. Tiempo de vacaciones en el que todo estaba permitido y en el que cualquier transgresión resultaba posible.

Abordamos el rito del comienzo de la estación más anhelada con una determinación optimista y urgente. Atrás queda el tiempo, quizá poco grato, que queremos olvidar, ahogar entre las olas de un mar familiar al que nos entregamos como en un bautizo vivificante que nos resulta necesario. Pisamos la arena suave de la orilla y soñamos con un pasado que quisiéramos poder transformar en un horizonte más allá de los barcos en lontananza y tres gamas diferentes de azules sobre la superficie del agua. De pronto nos lanzamos: ¡ya! con un gesto de determinación que pretendemos sea el enganche con el último baño de la pasada temporada. Aquella tarde, lo recordamos bien, en la que salimos del agua sabiendo que se acababan las vacaciones y nos adentrábamos en el territorio reglado del que, justamente ahora, acabamos de salir. Se hace necesario celebrar la vida. Vamos a darnos el primer baño.

LLEGAR A CASA

En verdad, lo estamos deseando. Ocurre casi desde el mismo momento de la partida, pero no como una obsesión, porque en realidad se trata de un anhelo que atisbamos en el horizonte como una recompensa íntima en la que disfrutar al final de la aventura del viaje. Hemos estado tiempo fuera, y llegar a casa constituye una satisfacción en la que se materializa todo lo vivido de forma nómada a modo de culminación de un capítulo enriquecedor en nuestra vida, con honores merecidos de ser recordado.

Regresar a la guarida tiene algo de reivindicación ancestral, una recuperación del refugio en el que más a gusto nos encontramos. Es el lugar en el que hemos construido nuestro hogar con pocas cosas, solamente aquellas que necesitamos para encontrarnos con nosotros mismos, para ser personas y sentirnos en plenitud vital rodeados de quienes nos importan y de los objetos que tienen un significado especial, aunque nadie más lo entienda. La dimensión más sencilla es siempre la más auténtica, aquella en la que no cabe la impostura ni la simulación, la que habitamos cuando llegamos a casa y nos mostramos tal y como en realidad somos: sin mediación ni presión alguna.

Al cabo de la vida hemos construido muchos hogares en casas y lugares diferentes. Siempre recordamos con especial afecto alguno de ellos que no ha sido ni el más lujoso ni el mejor. Seguramente son los que guardamos en la memoria asociados a las buenas vivencias y a los más gratos recuerdos. Lugares con los muebles precisos y el confort imprescindible, que habitamos en momentos muy señalados, hasta el punto de haberse convertido en referentes fundamentales de nuestra felicidad. Nos gustan, hemos de reconocerlo, las casas vividas: esas que se notan habitadas, usadas y cómodas, en contraposición con ciertas viviendas que parecen ser, aún con el paso de los años, el piso piloto de la urbanización.

Un hogar solo merece tal nombre si se convierte en la meta que queremos alcanzar tras una estancia lejana o un duro día de trabajo. Después del maratón urbano al que nos somete nuestro oficio, al final de la jornada, siempre nos queda la ilusión de regresar al lugar en que hemos anclado, por voluntad propia, nuestra vida. Podemos estar solos o encontrar en casa el territorio de la familia: el destino cotidiano en el que nos aguardan los nuestros, aquellos que nos quieren y a los que importamos por encima de todo lo demás. Lo supimos un día con nuestra pareja, la primera vez que, al poco de conocerla,

le dimos la mano y supimos que era como estar en casa. Ahora nos sigue ocurriendo, afortunadamente, y también con nuestros hijos, por eso sabemos que donde ellos se encuentren estará siempre nuestro hogar.

Ahora terminé de escribir este libro frente al mar de Málaga: una larga carta que trata de compartir con el lector de forma cómplice el gusto por los pequeños regalos de la vida: esos que no cuestan dinero y que nos permiten alcanzar ráfagas de felicidad con solo saber apreciarlos en todo lo que valen. En unas horas dejaré este sol de cristal y este mar en el que soy sencillamente dichoso, y regresaré a casa para retomar la aventura de la cotidianidad en la que también es posible el encanto de lo habitual.

Hace siete meses empecé a teclear en mi iPad *La felicidad de las pequeñas cosas*, en el *hall* de un hotel de Madrid. A diferencia de este verano restallante de vida, hacía frío, y una nube gris se dibujaba en el cielo de la ciudad y en el mío propio, tras una afortunada experiencia profesional injustamente frustrada que de todas formas, y pese a su accidentado final, mereció mucho la pena. Como dije en mi despedida televisiva, allí fui feliz. También lo he sido escribiendo este libro que ahora cobra vida propia para ser completado con las miradas imprescindibles de los lectores. Este es mi mundo, esta es mi casa. El hogar personal que he querido compartir con ellos: con ustedes, o con vosotros, si me permitís. A fin de cuentas, vivir es una aventura apasionante y únicamente con pasión puede transitarse por la vida para reconocer y disfrutar de todas esas pequeñas cosas que están ahí para descubrirnos el sentido de la felicidad posible.

La felicidad de las pequeñas cosas

Antonio San José

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© del diseño de la portada, Mas!gráfica

© Antonio San José, 2011

© Espasa Libros, S. L. U., 2011
Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2011

ISBN: 978-74-9875-184-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

DEDICATORIA	4
PRÓLOGO	5
VIVIR DESPACIO	8
UN PASEO POR EL PARQUE	10
HACER UN REGALO	12
LA CASA EN SILENCIO	14
UN DÍA DE SOL	16
ESA CANCIÓN QUE SUENA	18
LIBERTAD EN EL PARAÍSO	20
MIRAR AL CIELO	22
BAJO LA DUCHA	24
EL LIBRO QUE NOS ESPERA	26
UN ÁNGEL EN TU VIDA	28
ACABAR UN BIC	30
TOMAR UN CAFÉ	32
LOS ZAPATOS DEL FIN DE SEMANA	34
LEER EL PERIÓDICO	36
PREPARAR UN VIAJE	38
UNA MAÑANA EN OTRA CIUDAD	40
ESCRIBIR CON PLUMA	42
UNA LLAMADA INESPERADA	44
MÚSICA AMBIENTAL	46
COMER CHURROS	48
COMPLETAR UNA TAREA	50
ESTRENAR UN COCHE	52
IR AL CINE	54
COCINAR PARA OTROS	56
COMPRAR LOTERÍA	58

VOLVER A LOS LUGARES DE LA INFANCIA	60
LA SONRISA DE UN NIÑO	62
DESAYUNAR SIN PRISAS	64
PERDERSE EN UNA PAPELERÍA	66
MIRAR POR UN CALEIDOSCOPIO	68
PISAR LA NIEVE	70
SENTARSE EN UNA TERRAZA	72
LAS FOTOS DE LA CAJA	74
OÍR Y DECIR «TE QUIERO»	76
RECORRER UNA PLAYA	78
LA TARDE EN UN HOTEL	80
ESCUCHAR LA RADIO	82
PERMISO PARA EQUIVOCARSE	84
REENCUENTROS EN EL AEROPUERTO	86
COLONIALES Y ULTRAMARINOS	88
CUMPLIR AÑOS	90
MIENTRAS LA CIUDAD DUERME	92
ALGO DE SUERTE	94
REÍR CON ALGUIEN	96
EL PRIMER BAÑO DEL VERANO	98
LLEGAR A CASA	100
CRÉDITOS	102